MARIANO PICON-SALAS

1941

CINCO DISCURSOS SOBRE
PASADO Y PRESENTE DE
LA NACIÓN VENEZOLANA

EDITORIAL IMPRESORES UNIDOS
CARACAS-VENEZUELA
1940

Al Dr. R. Soulé Baldi, con la sincera amistad de su compañero
M. Perón-Sal

1941

MARIANO PICON-SALAS

1941

CINCO DISCURSOS SOBRE PASADO Y PRESENTE DE LA NACION VENEZOLANA

EDITORIAL LA TORRE
CARACAS—VENEZUELA
1940

EXPLICACION

Con el mismo calor desordenado con que fueron escritas, entrego al público estas páginas de emoción y de interrogación venezolanas. Ante la magnitud de cuestiones nacionales que surgieron a nuestros ojos en 1936 cuando la muerte del viejo Dictador abrió el país a las corrientes de la vida moderna y reveló una dolorosa realidad autóctona que los escribas del César, su policía y la ignorancia cultivada hasta entonces como sistema de gobierno, habían mantenido velada, muchos compatriotas se pusieron a trazar programas técnicos. En reuniones juveniles con mucho café y muchos cigarrillos, con palabras que se atropellaban de fervor se definió nuestra cuestión económica, nuestra cuestión demográfica, nuestra cuestión sanitaria, nuestra cuestión educacional. Con firme concisión el señor Presidente de la República dejó escrito en su "Programa de fe-

brero" uno como inventario de necesidades venezolanas, señales y rumbos para que no sólo el Gobierno sino todas las generaciones pensantes y actuantes, se pusieran a la tarea de vencer nuestro atraso. Si no todos, por lo menos un equipo ferviente de venezolanos, están desde hace cuatro años en tan cálida empresa. Y la vida civil de estos últimos cuarenta y tantos meses se cierra con un signo de optimismo. No ocurrieron los desastres que profetizaban los hombres dictatoriales, y a pesar del ambiente moral cargado todavía de las emanaciones de seis lustros de arbitrariedad y despojo, el pueblo nuestro ha demostrado que ya es acreedor a formas más humanas y justas de organización. Que eso perdure; que para la prosperidad pacífica mantengamos nuestra patria unificada en la gran acción de recuperarse, libre de odios e inmune a la anarquía, madre y no madrastra de venezolanos como lo fuera en algunos períodos de nuestra trágica historia, es el gran problema político que perfila el presente. Y a buscar lo entrañable de Venezuela; las esperanzas y los símbolos de esa gran patria libre y justa he destinado estas meditaciones

Hace cuatro años, ante la urgencia de ponernos a dialogar con nuestro pueblo, a revelarle sus verdades y a actuar sobre el cuerpo

largamente enfermo de nuestra nación lacerada, tuvimos que tratar todos los temas. El escritor debió ser uno como apasionado maestro de escuela elemental. De todos los rincones de la patria nos venían enigmas, solicitaciones y reclamos que muchas veces por estar tan cargados de humanidad trágica, no podían esperar la grave solución del especialista. En la prensa diaria cada uno de nosotros tomó esta materia palpitante de venezolanidad y la reveló como le fué posible. Escribíamos —y era necesario— sobre escuelas y agricultura, sobre inmigración y caminos. Cada visión de tierra venezolana; cada aldea visitada, cada diálogo con las gentes bajo el samán de la plaza, en el pequeño caserío, nos planteaba su angustiosa problemática. Llegábamos a la capital con nuestro colmado mensaje, a escribirlo y hablarlo en palpitante tensión. Hacia muchos años que los venezolanos habían olvidado su rumbo y su verdad. La injusticia y la violencia se habían tornado crónicas. Ya puestos en el combate era necesario decir, aunque las formas no fueran perfectas. Pero lentamente la nación comenzó a estructurarse; el Estado a formar sus cuadros técnicos, los venezolanos a repartir su trabajo. Por ello —por tan necesaria división de oficios— he eliminado de este libro todo lo que pudiera parecer panacea y fórmula arbitrista. Por ello me he limitado a hablar de

lo que entiendo. Y limitándome, sólo deseo ser un contemplador de mi tierra; un hombre que mirando el pasado y el presente quiere colaborar a la medida de su fe y su entusiasmo en el descubrimiento de nuestro alucinante destino.

Que estas páginas sirvan no a los desengañados ni a los demasiado sabios, sino a los que están metidos en la patética esperanza de una Venezuela siempre mejor; a los jóvenes, a los que no han perdido la fé, a los que conservan el alma íntegra y no mutilada por tantas pruebas y tan reciente tragedia, es mi única aspiración.

Sé que muchas cosas de las que aquí expreso "ex abundantia cordis" (sin cálculo ni estrategia de político), buscando la verdad por sobre las querellas y las facciones, el tiempo, el gran árbitro, el inconmovible testigo, habrá de justificarlas.

MARIANO PICON-SALAS.

Caracas, marzo de 1940.

1941

I.—Ambiente.

Si es cierto que hay una psicología colectiva que no resulta precisamente de la lenta adición de las almas individuales, sino es más bien como una enorme alma personal agrandada, sujeta a los sueños, las dudas, los temores y los rechazos de una como inmensa persona policefálica, el alma colectiva venezolana está ahora pendiente de una fecha, de un signo al que atribuye mágicamente —porque somos un pueblo mágico más que lógico— el enigma de su ulterior destino. 1941, fecha en que se elegirá un presidente, acto que en los países de vida normal no tiene nada de extraordinario, es este como misterioso conjuro hacia adonde ahora tiende el espíritu nacional. Así, antes de aparecer en el tiempo, 1941 ya tiene existencia. Innumerables venezolanos viven o se preparan a vivir en 1941. Si públicamente no lo confiesan es porque por un proceso psicológico muy conoci-

do las cosas más deseadas son las que más se callan y se guardan en la zona más íntima, para que no descubran su ardoroso secreto. Que un acto burocrático que a la postre no lo decidimos nosotros sino los señores que venidos de todo el país constituyen el Congreso, tenga tan turbadora realidad en la psicología venezolana de este momento, se explica por circunstancias muy peculiares de nuestra evolución social. Un suizo o un francés no comprenderían por qué nosotros le damos tanta importancia a una fecha que todavía no se fija en el almanaque. Pero los venezolanos suponen que lo que van a ser o lo que va a ser del país depende en gran parte de lo que entonces se decida. Puede que sea ilusión, pero los pueblos —ya lo han explicado los grandes historiadores— no viven tan sólo de cosas reales, sino también de símbolos y mitos. 1941 es por ello una cifra tan reveladora como lo fueron en el proceso de nuestra vida republicana 1810, 1830 o 1858, fechas críticas en que se hizo presente una crisis o una actitud histórica.

Que esto suceda, así, se debe a varias causas: primero, 1941 será el último año de un apasionado lustro en que después del silencio tiránico de casi cuatro décadas surgió en Venezuela una vocación de libertad y de democracia; se palparon y descubrieron graves problemas del país; se fué restableciendo un perdido

estilo de convivencia jurídica; varias generaciones y grupos pospuestos y preteridos reclamaron su anhelo de incorporarse a la política nacional; se hizo presente la necesidad de un Estado y una Administración con sentido técnico frente a la otra, arbitraria y sorpresiva, que hasta entonces prevaleciera. Segundo: Ni en la Atenas de Pericles, ni en ninguna República modelo que queramos determinar en la Historia, el concepto de progreso y de responsabilidad nacional fué común a todos los ciudadanos; la solución inteligente no siempre parece la más valedera, y de ahí que toda política, aún la que consideremos la más pura, encuentra la lucha y oposición de pasiones e intereses que la miran con recelo. (Esto quiere decir que si todos los venezolanos están pendientes e inquietos por lo que suceda en 1941, la fecha tiene una significación diferente según sea la edad, la cultura o el patriotismo de quienes la imaginen). Tercero: toda gran política necesita para realizarse la organización de una minoría responsable en la que se interprete y delegue el querer —a veces confuso, de la mayoría—. No habrá lógica y coherencia en el desenvolvimiento de un país, si ella falta en el grupo gobernante; y la incógnita que hasta ahora plantea 1941, es precisamente la de que la nación encuentre para aquel instante sus intérpretes y ejecutores.

Formar esa minoría, ese grupo capaz de

poner en vigencia un programa nacional y de llenar los cuadros técnicos del Estado, precisamente para servir a las mayorías que permanecieron como al margen de la vida jurídica, es el gran problema político de Venezuela desde 1858. Desde entonces los venezolanos se separaron en facciones como la de los antiguos "godos" y los antiguos "liberales" amarillos; en clientela y en clan de determinados jefes como Guzmán, Crespo, Castro, Gómez. Lo que puede una política de más amplio miraje nacional coordinada a un plan técnico de trabajo, lo hemos empezado a ver en el lustro que está corriendo.

Cuando abstractamente, como silogismos, erigimos semejantes premisas, hacemos justicia e interpretamos lo que ha significado en la marcha de Venezuela un gobierno como el del General López Contreras. Que a cuatro años tan sólo de la tiranía de Juan Vicente Gómez, nos preguntemos estas cosas, significa un enorme avance en el desarrollo político del país. Son los méritos de un gobernante los que ahora permiten que los intelectuales venezolanos estudiemos tales problemas y no permanezcamos en cualquiera de las dos posiciones, igualmente trágicas, que reservaran para la inteligencia nacional los pasados regímenes: la del adulador palaciego o la del perseguido lleno de amargura y desesperanza. Innegable e invalorable es

no sólo el progreso material del país, sino lo que importa tanto como ello: su avance intelectual y moral en el último lustro. El gobierno del General López Contreras —tendrán que reconocer los opositores más recalcitrantes— ha dado al pueblo venezolano lo que él había olvidado en la inercia y el dolor reciente: un anhelo de mejorar y mayor fe en su destino. En parte de lo que se ha hecho en estos cuarenta y tantos meses depende nuestro desarrollo futuro. Toca a los grupos conscientes del país preservar toda una herencia de realizaciones positivas en que culmina el periodo legal de nuestro Presidente.

El deseo de esclarecer realidades venezolanas no nos impedirá hacer justicia a los hombres, ni siquiera por ese como torcido puritanismo que después de la adulación de ayer se apoderó de algunos compatriotas nuestros, que ahora creen que sólo deben dirigirse al Gobierno en tono levantisco; pidiendo siempre y reclamando, con deliberada descortesía, y no concediendo ningún aplauso a lo que en su fuero íntimo saben que está bien hecho. La necesaria antítesis de la humillación y alabanza que hasta ayer fué consustancial a nuestras costumbres políticas, no es la altanería sino la equidad. La falsa impertinencia libertaria de los que ahora sólo gritan porque los dejan, da un argumento eximio a aquellos círculos ultra-cerra-

dos y ultra-impermeables que dicen que Venezuela sólo puede manejarse con látigo, y que la libertad es un lujo que todavía no merecemos. Ese libertarismo hirsuto y ciego con que han confundido la Libertad gentes primitivas y descorteses es el camino más rápido para una nueva siembra de violencia. Lo mismo que para el trato entre personas hay una Urbanidad política, que es la que permite la relación ecuánime entre pueblo y poder. De este equilibrio de formas, de este respeto mutuo e ineludible jerarquía, surgen los buenos gobiernos.

Aunque ahora no sea elegante decirlo (porque ello puede escocer a los demagogos que venden sus periodiquitos a fuerza de grosería o porque no se nos confunda con los alabadores profesionales), el General López Contreras si no hubiera hecho nada más, pasaría en la Historia venezolana como el presidente humanizador: el hombre que después de un período de arbitrariedad y capricho informe, restableció en nuestro país el respeto por la persona humana. Si él no hubiera creado escuelas, obras públicas y servicios sociales, ya abonaríamos a su cuenta como la mayor conquista moral esta humanización de nuestra vida política; este diálogo entre hombres que permitió formar en un país horrorosamente azotado por el atropello. Sabemos — y es una virtud de nuestro Presidente— que ya no podría erigir-

se en el país otra Dictadura como la de Gómez; que ni más que un siniestro vuelco del azar entregase la nación a esos caciques merodeadores que desde las Antillas o Centro América con los bolsillos llenos de despojos y su vocabulario que no alcanza al centenar de palabras, están como el pobre paleto de Santos Matute Gómez siempre dispuestos a "ofrecernos el orden"; sabemos que ni en tan hipotético caso, podrían restablecerse en Venezuela las torturas y la estupidez de aquellos años. En este último lustro trascurrido hemos vuelto a la civilización, y a pesar del clima rencoroso que debió dejar la Dictadura, un hombre como López Contreras logró crear las formas morales del gobierno donde habían desaparecido. No en balde fué un acto simbólico de su administración el arrojar al mar en Puerto Cabello a comienzos de 1936 los hierros de tortura de las cárceles gomecistas y la demolición de La Rotunda, esa Bastilla de nuestro feudalismo cruel. De la humanidad comprensiva del Presidente ha emanado, sin duda, un ambiente de tolerancia y civilidad, de calma y análisis para no sorprenderse con la primera calumnia y la primera intriga. Piloto de un mar erizado de escollos, López Contreras ha tenido la estrella de su sangre fría. Conciliar lo que parecía inconciliable; acostumbrar a los venezolanos a soportarse entre sí, ha sido un triunfo de su hábil es-

trategia. Para cualquiera que no hubiese tenido su prudencia y sensatez, su benévola diplomacia y habilidad política, la situación era terriblemente conflictiva. Venezuela estaba a punto de dividirse en bandos de desatado rencor. (Lo que ha ocurrido a ratos en la prensa nacional donde chismes e insultos, vida privada de las gentes, interpretaciones e hipótesis malignas han llenado columnas que en otro tiempo se destinaron a las proezas del "Benemérito"; lo que han tenido que sufrir, de uno y otro bando, los venezolanos pensantes, y que no ha afectado, naturalmente, a los venezolanos "calladitos", sin pasión y sin opinión, pudo llegar a la calle y de la letra impresa convertirse en agresión personal, si no hubiera estado en Miraflores un hombre tan ponderadamente ecuánime). Los novelistas e historiadores de mañana — para valorizarlo— podrán describir ese singular arte con que él bogó entre las pasiones encontradas. Por un lado, hay que tomar en cuenta que Juan Vicente Gómez no murió en el destierro como Rosas o Porfirio Díaz, sino en la misma cama donde durmió más de treinta años. Si el Gomecismo no era una "idea"; apenas un gesto, como el barbaramente ciego de un Eustoquio Gómez al asaltar la Gobernación y caer acribillado de un balazo anónimo, era, y terriblemente, una compacta maraña de intereses. Más que el gomecismo beligerante que cayó con Eus-

loquio, era peligroso el gomecismo inerte de todo un inmenso grupo social que prosperó y aprovechó la universal rebatiña. Favoritos, validos y parásitos de la tiranía. Eran haciendas, fábricas, servidumbre y clientela que quedaban, alli, marcando su presencia. Era el enorme reclamo de muchos que por no haberlo conocido jamás, escarnecian todo estilo de gobierno civilizado; se escandalizaban porque cincuenta hombres y media docena de oradores se hubiesen reunido en la plaza, pedían para que no se alterase en lo más mínimo su artritica tranquilidad que se aplicase el "plomo" y el plan de machete. (A veces hemos sido injustos con el gomecismo; y se lo hemos achacado todo a aquellos zafios campesinos que en los pueblos del interior cumplían, de acuerdo con su primitividad, su oficio de jefes civiles; y no hemos querido ver el gomecismo más peligroso, el enguantado y pulido de algunos caballeros del Club; el de los usureros que pedían protección para su diez y ocho medio por ciento, el de mucha gente que como en el vicio descrito por André Gide "no se atreve a decir su nombre". Masa de gente deteriorada por largos años de malas costumbres; aprovechadores escondidos, hasta enemigos de "los andinos" muchas veces, que nunca requirieron la sinceridad de un machete —querían que lo cargaran y lo blandieran los demás— porque ellos manejaban el

arma más hábil de su refinada sinvergüenzura. Esa gente a veces, se toma la representación de los "cultos" y no desea incomodarse en su grasosa bienandanza. Frente a ellos, a los gomecistas que quedaban, los anti-gomecistas que volvían: algunos con su largo rencor empozado, con ganas de recuperar los malos ratos; ciegos para toda otra cosa que no fuera su compensación y su vindicta. Para muchos de ellos el reloj del tiempo se había parado en 1913; lo que entonces conversaron con el "Mocho Hernández" o con Rolando, creían que podría tener vigencia en 1936. Encontraban un país que con tanta distancia y tiempo que pusieron ya les era desconocido; con pocas —y muy laudables excepciones— habían seguido en el extranjero su misma vida de hamaca y cigarros y anécdotas de la Revolución Libertadora. Por un momento el país temió que con ciertos próceres emigrados se convirtiera en una "gerontocracia"; en un gobierno de ancianos. Muchos creían atraer a la juventud con sus discursitos del año 95, con sus palabras vagas, con esa retórica chamuscada que en el paréntesis de cada Dictadura se ha llamado "política" en Venezuela. Hubo el explicable recelo de que (como en aquellos deliciosos cuadros de costumbres de siglo pasado que describieran un Sales Pérez o un Bolet Peraza) se volviese a proferir en los pueblos de Venezuela, con las barbas y la "ga-

limita" bajo el saco, el grito fatídico de: ¡Vivan los liberales amarillos!

Ni lo uno, ni lo otro; ni la supervivencia del gomecismo pero tampoco la ciega vindicta de algunos anti-gomecistas (que hubieran confundido la política con su caso personal) parece haber sido el tácito programa del General López Contreras. Un programa de acción, de conducta, casi tan importante como el otro programa público de reformas económicas, higiénicas y educativas que se denominó "Plan de Febrero". Este último lo hubieran podido realizar media docena de técnicos y especialistas: el primero requería precisamente un hombre con el caracter conciliador, con la buena coraza contra los nervios de que se revistió el Presidente. Así su persona logró abrir, comprensiva y humanitariamente, toda una etapa para el progreso democrático de Venezuela. Conservar lo que ha habido de positivo y civilizado en su Gobierno; incorporar definitivamente a nuestras costumbres políticas esta idea de ecuanimidad por sobre la querella de los grupos que nos hubiera llevado (a no mediar tan prudente árbitro) a las facciones enconadas y acaso a la Guerra interna, me parece que debe ser uno de los propósitos venezolanos para 1941. Naturalmente —y el propio Presidente debe considerarlo así— que la acción nacional no debe limitarse a eso. Se perfilan sobre

la República, y es necesario no preterirlos ni retardarlos, otros problemas que trataremos de esclarecer en estas páginas.

II.—Política.

En 1936 un espíritu tan animoso como el del malogrado Alberto Adriani pensó que era posible y necesario ante la confusión mental reinante durante los días que siguieron a la muerte de Gómez, y sobre todo ante el atraso del país que rotos los "tabús" y mitos de la tiranía afloraba monstruosamente, pensó, digo, que Venezuela ganaría mucho en el camino de su recuperación moral y material si se deponía todo combate ideológico, toda discusión de Metafísica política y se sensibilizaban las gentes para una verdadera cruzada nacional y técnica contra aquellas urgencias de progreso que siempre dejamos para después. Según las ideas de Adriani ignorar tales teorías beligerantes —Fascismo, Marxismo— que querían repartirse el mundo; confiar más en los ingenieros y en los especialistas que en los políticos y oradores, obrar sobre las realidades del país de manera concreta y directa y no sometiéndolas a abstracciones; fundamentar una mística y un entusiasmo popular sobre el apremio ineludible de resolver estas cuestiones prácticas, era la preocupación

calurosa de tan gran espíritu. Patriota —porque he conocido pocos venezolanos que lo fueran tanto como él — en largas caminatas nocturnas que constituían su único ocio de estadista, me hablaba de aquellos grandes intuitivos, cargados de acción que transformaron y construyeron pueblos. Desde Pedro el Grande hasta ese curiosísimo Mustafá Kemal que de los despojos de un imperio podrido supo levantar en 10 años de tarea la joven nación turca, varios siglos de Historia y de fervor ejemplar, pasaban por sus meditaciones. Acaso la idea de Adriani de estructurar un gran movimiento nacional a base de un programa técnico pudo tener validez hace cuatro años. Hoy —estoy seguro— que el propio Adriani, si viviera, habría rectificado su punto de vista. Sencillamente—porque, querámoslo o no—no se puede evadir en un tiempo tan cargado de emoción política como el presente, el problema teórico Lo estaremos escamoteando desde nuestros distintos sectores profesionales o especialistas; el médico podrá pensar que con sus campañas contra la tuberculoss y el paludismo ha cumplido su tarea nacional; el profesor que con la renovación de su métodos pedagógicos, el ingeniero que con sus carreteras y acueductos en estudio, pero el problema político — es decir la necesidad de coordinarlo todo— no se ha acallado por ello. Menos miedo a la política, es decir a la lucha

de ideas, a la responsabilidad pública, es así, en este instante, una necesidad venezolana.

Prejuicios actuales como el del "izquierdismo" bien izquierdista y el derechismo no menos densamente coloreado, impiden que la política nuestra se ubique en un plano netamente nacional y Venezuela vea que hay muchos hijos suyos dispuestos a servirla y a combatir su atraso. Por lo que pasa en España, en Alemania o en Rusia se ha discutido más y se han enconado más los ánimos que por esta realidad nuestra, tan palpitante y clamorosa, que puede ver quien se aleje unos kilómetros de Caracas. Una acción nacional, tan entusiasta y dinámica como la que propició el Presidente en su programa de hace cuatro años, se ve interferida por la infección exótica de teorías y doctrinas. Acaso algunos hombres de lo que entre nosotros se llaman las "izquierdas" comprendan en su fuero íntimo la necesidad de romper con tales consignas extranjeras; afrontar una posición anticomunista pero no se atreven a hacerlo por respetar ciertos ídolos verbales. Saben, por ejemplo, que en la experiencia europea de hoy "Fascismo" y "Comunismo" son palabras equivalentes; representan una análoga opresión del hombre, pero no tienen el coraje de decirlo. Trabajan así —por cobardía— contra la Nación.

Y no habrá política nacional mientras no

definamos estas cosas; mientras que sobre el mito verbal no se yerga la auténtica realidad de Venezuela. Mientras no tengamos el valor de decirle a los comunistas y filocomunistas que no estamos dispuestos a tolerar su infiltración y su prédica, que no queremos que fuerzas internacionales de ningún género nos vengan a enturbiar y confundir nuestra política interior. Que estas izquierdas o derechas nacionales se pronuncien o definan, no sólo en la formulación de un vago anhelo democrático, sino ante las cuestiones concretas del país.

Creo, por ejemplo, que la Democracia venezolana que estamos propiciando sólo tendrá validez, no en el sentido abstencionista, en el crónico cruzarse de brazos que quisieran imponerle algunos pseudoliberales, sino más bien en su posibilidad de ser árbitro de toda querella nacional, de orientar al país en la búsqueda de su confuso destino. En tal sentido es Democracia un sistema como el de Roosevelt en los Estados Unidos. Porque hacer a esta altura del tiempo una de esas democracias bobas con que soñara el próspero individualismo inglés del siglo pasado, las democracias del "laissez faire" y del "laissez passer", las que so pretexto de libertad dejan que en ellas penetre el caballo de Troya que quiere destruirlas, me parecería la más ciega irresponsabilidad. Creo en la Democracia como en una afirmación de libertad y dignidad hu-

mana contra la sujección del hombre que se realiza en los países totalitarios, pero creo ante todo en el deber que impone a los pueblos la preservación de su existencia. Y la vida, el destino, la organicidad de un país, están por encima de toda abstracta fórmula. Al amparo encubridor de blandas y atrasadas convenciones los países democráticos del mundo están sufriendo el embate diabólico de fuerzas tan disolventes de la comunidad nacional y del Estado como las que moviliza, por ejemplo, el Comunismo ruso. Conocida es la táctica bifronte del Comunismo; por un lado, en su tierra de origen, los sectarios de Stalin fomentan un nacionalismo feroz (un nacionalismo que no difiere por sus métodos ni su barbarie del de los nazis); por otro, invocando el liberalismo y la suavidad democrática, introducen en los países extranjeros su material explosivo. Los que en Rusia controlan la opinión pública y asesinan a los sospechosos de heterodoxia son los mismos que en las naciones democráticas piden en nombre de la Libertad — que ellos denominaron "prejuicio burgués" — puerta franca para su mercancía. En la tremenda e ineludible antítesis que está viviendo el mundo, Comunismo y Democracia como Democracia y Fascismo son inconciliables. No se puede invocar en esta lucha una tolerancia que resultaría suicida. En tres claras proposiciones que quiero citar —porque no podría decir nada

más preciso— expresa un escritor francés lo que ofrece a los pueblos libres la penetración comunista:

1.—La idea de lucha de clases hace imposible toda organización nacional; y desde luego ella no ha sido utilizada por los marxistas sino con el propósito de destruir el orden existente, juzgado malo. Es un instrumento de guerra y nada más.

2.—El comunismo marxista debe comenzar en un país determinado. Este país al convertirse al comunismo tiende a imponer la revolución a los otros países. Después de haber puesto fin en el interior y por medios violentos, a la lucha de clases, se aplica a fomentarla afuera para debilitar las demás naciones. Por fin el comunismo conduce a un imperialismo nacional servido en el exterior por los procedimientos de la política tradicional que se agravan gracias a la ideología de la lucha de clases.

3.—Esta evolución (comunismo-imperialismo) se facilita con la propagación del materialismo marxista. Ha sido empleado como un medio de destruir desde adentro, en los países extranjeros y enemigos, los sentimientos morales sobre los que reposa al fin de cuentas, la vida social.

Al no definir como se debe, por prejuicios

de un tímido liberalismo de que los comunistas sonríen, el problema que el Comunismo puede plantear en una democracia todavía balbuciente e informe como la nuestra, los sectores cultos y progresistas de la nación venezolana están abandonando un arma que puede ofrecer su peligrosidad en manos de los dictatoriales embozados y ansiosos que todavia maniobran dentro de nuestro país. Es decir, a una causa sin ideas, primitiva y violenta como la de aquellos grandes duques que con muy pocas letras y a fuerza de plan de machete mantuvieron un régimen de extorsión y violencia que aun añoran, se les presenta por la inercia liberal, el plato de una doctrina. Gomecistas dispuestos a "ofrecer el orden" cuando sea necesario, no faltan en las fronteras de Venezuela. Nauralmente que el anti-comunismo de tales señores conduciría al Gomecismo que fué una forma primaria de nuestro comunismo autóctono. En el desprecio del hombre, la liquidación de los opositores, la nivelación hacia abajo, la cárcel y la tortura, coincidieron los dos regímenes. Y para no turbar el mito (porque en algunos países de América la propaganda comunizante se ha disfrazado de filo-proletarismo, de defensa de la cultura, de anti-fascismo en el momento en que pactaban con Alemania y hacían en la política exterior lo mismo que hicieron los nazis) nos quedamos callados ante su infección destructiva.

Gomecismo o sea la barbarie autóctona, y totalitarismo o sea la violencia importada, sólo podrán ser barridos de nuestra Problemática social cuando la conciencia del país se organice en fuerza coherente para realizar esa democracia que la nación viene pidiendo desde hace cuatro años, y que no es tan sólo el disfrute de una teórica libertad sino la valorización material y moral de este territorio y estas gentes que llamamos Venezuela. El activo tiempo vivido desde 1936 ha abierto un enorme compás de esperanza. Y lo que uno debe salir a buscar en 1941 para que un gobierno humanizador como el del General López Contreras no pase por nuestra historia como un suave paréntesis de civilidad, suspendido sobre nuestra tragedia crónica, es precisamente que la nación venezolana se estructure para afirmar su destino democrático; para que la política no sea el juego cerrado de unos pocos sino encarne e interprete el espíritu del país.

Si es cierto que la larga dictadura deterioró muchas gentes; penetró hasta la médula misma de la nación corrompiéndola y confundiéndola, desengañó irremediablemente a muchos hombres que hubieran podido ser útiles, dejó en el pasivo de la República un inmenso problema moral con que ha debido enfrentarse el gobierno, es cierto, así mismo, que existe y alienta una enorme Venezuela virginal que todavía puede

sensibilizarse y vibrar con una acción constructiva. Que un grupo de hombres decididos, a tono con su tiempo, se pongan a sembrar en la juventud y en el pueblo ese patriotismo dinámico que requerimos. En 1936 veía como fórmula para la regeneración de Venezuela un fuerte movimiento nacional disciplinado y entusiasta que marcara en forma sencilla—con la menor literatura y la menor academia posible — los puntos programáticos de nuestra reforma; que diera a tanta juventud vacilante y sin destino, consumida y perdida en la soledad, la bohemia y el resentimiento, el orgullo y el impulso de una vida espiritual más intensa; que conciliara en su entusiasmo creador las divergencias y el recelo en que en este vasto espacio geográfico nos hemos separado los venezolanos; que sacara de los museos nuestra tradición histórica y se lanzara a conjugarla en tiempo presente. Por lo mismo que detrás de nosotros había tanto dolor, era posible echar a andar por los caminos de nuestra dilatada tierra esa fe y esa alegría heroica de una nueva Venezuela. Había visto en otros países de América oxidarse a la juventud en una vida materializada y sin anhelos. Habíamos sufrido aquí la perenne mutilación de generaciones enteras que pasaron sumidas en el polvo de su enorme derrota moral; sacrificados en aquel padecer criollo al que las dictaduras bárbaras quitaron todo ímpetu, esteri-

lizaron toda alegría. Y había el peligro, también, de que porque no se les ofrecía otra fe y otro destino cayeran como tantas juventudes de América en el ponzoñoso pantano marxista; en aquella zona de odios de clase, de rencores fríos, de materialismo cruel, en que florecen las místicas de la desesperación. Veía nuestro pueblo que más que la revolución apocalíptica y el desatado encono que nos ofrecen los marxistas estaba requiriendo amor y comprensión; pedía a un grupo de venezolanos que al inclinarse sobre la vastedad de nuestro mapa llevaran a esas gentes perdidas en la lejanía de nuestros desiertos un poco de fe en sí mismas; reformas que quieren paz social y coherencia, y no guerra y fragor. De la tempestad de nuestro pasado soñaba ver erguirse una Venezuela matinal y entusiasta; una patria en que era bello vivir porque sus caminos y sus horizontes estaban poblados de empresas. No con la lengua de los calculadores sino con la voz de los poetas era preciso hablar y exaltar a esas gentes; contarles que hubo un momento en que el vigor y el gran ensueño venezolano recorrió media América del Sur, desplegó sobre las montañas y los ríos de América sus legiones de hombres ansiosos, llevó su mensaje de libertad y dignidad humana en la lengua y la espada de Bolívar hasta las más altas crestas andinas. Recobrar el compromiso y la responsabilidad de esa Historia ya no en las

faenas de la guerra sino en las grandes siembras de la paz civil, me parecía que era lo que debía redescubrirse en el alma venezolana. De un país de gloria olvidada entre las ruinas de su atraso, era necesario con el ímpetu de los grandes constructores de pueblos—como Cavour erigió su Italia, como los grandes argentinos del año 50 sacaron su patria nueva— hacer presente la posibilidad y la responsablidad de una democracia donde caben millones de hombres, donde la energía humana por nacer, encuentra infinitos reservorios. Frente a la política de los caballeros cautelosos, se imponía otra cargada de la fuerza de la juventud y del pueblo. Porque hay que decírselo a los políticos de gabinete que se preparen para 1941 y para después: ninguna política moderna será fecunda si no arraiga en esa emoción fermental de la juventud y del pueblo; si de su destino de rebaño no alza a la plena dignidad humana a las grandes masas abandonadas, si no da al entusiasmo juvenil —primavera de la Historia y de la vida— un cauce para su expresión.

1941, la fecha mesiánica a que en este momento miran los venezolanos, puede interesarme si es mucho más que un acto litúrgico del Congreso; si es una calurosa llamada a filas de todos los que sienten en fervor y desgarramiento la obligación de seguir rehaciendo su patria. Hay problemas técnicos de población, de economía,

de higiene y educación pública que han comenzado a resolverse en la actividad de los últimos cuatro años, pero hay algo mucho más importante que eso: la necesidad de una enorme fe común, de coherencia y disciplina común que afirme y fortifique nuestra existencia histórica. ¿Quién habrá de movilizar esta gigantesca energía potencial de sueños y esperanzas que están dormidos en el pueblo venezolano? Llamamos —hay que llamar a gritos— a tantas gentes ensimismadas en su monólogo para que comiencen esta como inmensa tarea de voces y de voluntades. Sólo la unión y la disciplina hará que esta hora propicia y benévola de hoy, fecunde nuestra Historia.

Proceso del Pensamiento Venezolano

Además de los Libertadores hay algunos rostros que frente a la gran tragedia y el azaroso vivir al dia de la historia politica venezolana representaron la previsión, la prudencia, la búsqueda de un pensamiento nacional afincado en la realidad de nuestra existencia histórica y servidor de ella. Dos grandes generaciones ha conocido hasta hoy la Historia de Venezuela: la de aquel puñado de audaces que realizaron la Independencia y la de aquellos más tranquilos pero no menos inteligentes, cuyo doloroso testimonio de la tierra quedó expresado por ejemplo en los discursos y discusiones de la Convención de Valencia en 1858. Buscando el instinto más que la reflexión hemos solido olvidar el pensamiento de los héroes civiles — Gual, Fermín Toro, Valentín Espinal, Juan Vicente González, Cecilio Acosta— que supieron ver como pocos y teniendo la esperanza de mejorarla, la oscura y tumultuosa verdad autóctona. Después de ellos o simultáneamente con ellos— como en la dolorida y recoleta existencia de Cecilio Acosta— comenzó la era de los

"caudillos únicos", de los "césares democráticos" bajo cuyo reinado el pensamiento nacional perdió su fuerza creadora y combativa o se ocultó y proliferó en el matorral de la inofensiva retórica. Dice Harold Lamb que Gengis Khan el terrible jefe de las estepas asiáticas, gustaba rodearse de los letrados chinos no precisamente para escuchar sus consejos sino porque aquellos sabían iluminar en oro, en rojo y en azul los más bellos manuscritos. Letrado y dibujante eran términos casi sinónimos en el tiempo de Gengis Khan. Y el "jefe" que no comprendía ni se interesaba por el pensamiento, era extraordinariamente sensible a la bella caligrafía. Un manuscrito iluminado le parecía tan hermoso como una silla de montar, unos bien labrados estribos o aquellos cráneos de los enemigos muertos que con su pié de plata eran las copas más apetecibles. Así bajo el reinado de los "césares" los intelectuales venezolanos solieron llamarse "orfebres", coleccionistas de adjetivos, optimistas y alabadores profesionales que trabajan el pensamiento como los talabarteros y los calígrafos de Gengis Khan. Hay algunos libros documentales que expresan esta era sombría de sumisión y miseria de la Inteligencia venezolana: una jira de Castro por los Estados del interior "sincronizada" diríamos hoy, por los más retumbantes discursos; y el pequeño libro en que Morantes se complació con humor tris-

le en apresar y recoger como un herbario, las adulaciones más sonadas que había merecido el Restaurador. Bajo Gómez fué la época del soneto y de la Sociología: el soneto tenía como tema la paz del "Benemérito":... paz de las vacadas en los potreros de Aragua, de las carreteras y la prisión civil. Muchos venezolanos — que no sabían hacer otra cosa— hicieron sonetos. En cuanto a la Sociología, al servicio del César, con su revestimiento de cientificismo pedante, de mal aplicadas ideas de Taine o de sociólogos de menor cuantía que ya estaban completamente trasnochados o superados en Europa, propagó una resignación impotente cuya influencia deletérea en el espíritu nacional examinaremos después. En el pesimismo, la alabanza fácil y la conformidad ante un estado social desventurado como era el de nuestro país, se olvidó aquel pensamiento constructivo que tuvo la generación de la Independencia y que fué el mensaje intelectual de un Fermín Toro o un Cecilio Acosta.

Desposeído el escritor criollo de toda misión social, no tuvo otro destino — si quería ser limpio y honesto — que evadirse por las rutas de la fantasía, verter en fábulas su dolor del tiempo presente. Para algunos, siguiendo el viejo ejemplo de Juan Vicente González, la Historia Nacional era como un castillo recóndito donde encerraban su callada y amarga

protesta. Es el caso de ese como último discípulo de Rousseau y heredero de la tradición de Don Simón Rodríguez que se llamó Lisandro Alvarado. Alvarado es una de las mentalidades más curiosas y un poco malogradas que ha producido Venezuela. Su inconformismo—como el de Don Simón Rodríguez—se transformó en espíritu nómade, en permanente curiosidad, en ansia de lo primitivo. Era el hombre que quería buscar en el idioma y la convivencia de los indios el sentido y explicación del Universo que no podían enseñarle los doctores de Caracas; que se ponía unas alpargatas y se dejaba apresar en la recluta para identificarse con estos pobres soldados palúdicos que comen su ración de "topochos" y tocan su triste "cuatro" en la plaza de la aldea criolla; que para una recepción del Ministerio de Relaciones Exteriores exhibe una corbata de púrpura y un prendedor con la calavera y las tibias de la muerte como para escandalizar — un poco infantilmente— a los prudentes funcionarios; que defiende contra la Facultad de Medicina de Caracas al yerbatero Negrín porque éste ofrece yerbas de nuestros campos y vosotros, señores Doctores, usáis venenos químicos y cobráis veinte bolívares por la consulta. Esta simpática y buscada extravagancia de un hombre como Alvarado esconde de manera simbólica la tragedia de la inteligencia criolla, del hombre in-

conforme entre muchos hombres satisfechos. Quienes como él no podían dialogar con los indios o perderse por los caminos de Venezuela arrastrando las alpargatas del recluta o leer los clásicos latinos, salían al extranjero —Morantes, Blanco Fombona, Pocaterra — a derramar sus panfletos y protestas. Otros solían malograrse en el clima trágicamente monótono de las tiranías estúpidas; de una existencia como al margen de las aspiraciones y los problemas del mundo moderno. Venezuela no sólo ha devorado vidas humanas en las guerras civiles, en el azar sin orden de una sociedad violenta, en convulsionado devenir, sino también marchitó — antes de que fructificaran bien — grandes inteligencias. Entre las no pocas cabezas que surgieron de nuestra tierra no infecunda, tal vez la única que cumplió goethianamente con su nutrido mensaje fué la de Andrés Bello. Pero la obra de Bello fué a convertirse en organización civil, en norma jurídica, en tradición cultural en la República de Chile. Sobre otros grandes hombres nuestros cayó un destino de misantropía y soledad como el que acabó con la extraordinaria existencia de Cajigal o de ya insalvable fatalismo histórico como fué el caso de Gual, de Fermín Toro, de Juan Vicente González, de Cecilio Acosta. En la primera de sus novelas "El último Solar", ha contado Rómulo Gallegos esta historia permanente y profunda-

mente nuestra del idealista que no alcanza a convertir su ideal en acción; del reformador que no reforma.

*
* *

Después de la Guerra Federal (1859-64) había entrado el país en un proceso de barbarización que no alcanzó a superar ni vencer el sedicente "despotismo ilustrado" de la época de Guzmán Blanco. Imbuído de la suntuosidad ornamental y aparatosa del Segundo Imperio Francés, inteligente e intuitivo, pero al mismo tiempo vanidoso y cerrado en su providencialismo, Guzmán olvidó por la obra de ornato o por la empresa entregada al capital extranjero las cuestiones inmediatas de la tierra; su progreso se quedó en la periferia y no llegó a lo profundo de la vida nacional. Tuvo oportunidad de hacer una política semejante a la de Sarmiento, Mitre o Pellegrini en la República Argentina; encontraba un país que le hacía caso y podía poblar y sanear. (Era el momento en que grandes masas de población europea desembocaban en la Argentina). Pero su simple ideologismo y su vanidad de Dictador limitaron la obra de Guzmán Blanco: en vez de unir una Venezuela agotada, desangrada y barbarizada por las guerras civiles, se complació en dividir. Venezuela dentro de la idea guzmancista —que fué también la de aquella facción que se deno-

minó el "Partido Liberal Amarillo" se dividía en los "buenos" y en los "malos"; en los "liberales amarillos" y en los "godos de uña en el rabo". Fué muy inferior a Páez porque no logró formar en torno suyo una "inteligencia" que le diera forma, base jurídica o moral al Estado Venezolano. El intelectual para Guzmán Blanco fué el amanuense, el rapsoda de las glorias del "ilustre americano". Y con el pretexto magnífico de una cuestión doctrinaria (Venezuela no quería que los sacerdotes se metieran en la política) escamoteó el verdadero problema venezolano que era el de aquellas masas campesinas de la Guerra Federal que con su oscuro instinto, reclamaban justicia económica. "Anticlericalismo y alternabilidad republicana" fueron casi las únicas consignas que podían traducirse claramente dentro de la retórica vaga y proliferante de lo que se llamaba el Partido Liberal. Anticlericalismo: el sonado asunto de las "manos muertas" y de la "laicización de los bienes de la Iglesia" no enriqueció precisamente el país sino a los jefes y usufructarios de la Federación. En cuanto a la alternabilidad republicana — no del César, naturalmente, que se hacía aclamar y reelegir — sino de los funcionarios, sometidos al arbitrio y la caprichosa voluntad del amo, impidió que se formara en Venezuela ese elemento de orden y de disciplina social que se llama una reglamentada administración públi-

ca. (El funcionario que no necesitaba competencia ni adiestramiento técnico sino dependía solamente del tornadizo humor del "jefe", consideró su empleo como una provisoria y eventual época de las "vacas gordas"; como un premio de la loteria fiscal que es preciso aprovechar dado su carácter aleatorio. Sociológicamente, Venezuela después de las guerras civiles de la segunda mitad del siglo XIX es como una gran montonera — sin ejército, sin administración pública digna de éste nombre— donde el caudillo más guapo, inteligente o astuto se impone sobre los otros caudillos provinciales.)

Si para sus obras de ornato, Guzmán Blanco pensaba en la Francia del Segundo Imperio, y por éllo algunos edificios públicos construidos en esa época tienen un estilo de balneario, para gobernar sobre los voluntariosos caciques, era como el Super-cacique que hablaba... Francés. Desaparece de la acción pública aquella inteligencia constructiva de nuestros primeros legisladores, hombres de Estado o pensadores; y el escritor y el jurista sólo sirven como en Bizancio, para poner en mejor prosa los caprichos del Jefe. Es el valor del "guapo" o la audacia arbitraria del "cacique", la más alta medida humana en ese largo periodo histórico (1864-1935), que se prolonga hasta el final de la dictadura de Gómez.

Ya en 1865 un escritor de la talla de Juan

Vicente González se había colocado con un poco de romanticismo histórico en la posición del último venezolano que ha visto morir los hombres que hicieron la patria, que ha enterrado con Gual el último grande hombre de Estado; con Fermín Toro al último gran humanista, que ha sido testigo de la lamentable senectud de Páez. Se objetará, y con razón, que lo que dolía a Juan Vicente González, a pesar de que su estilo y su visión histórica habían recibido la influencia de Michelet, era la desaparición de una tradición aristocrática, vinculada un poco a los "mayorazgos" intelectuales de Caracas. Venezuela, por la necesidad imperiosa de la realidad geográfica, no eran las cultas tertulias caraqueñas de Don Manuel Felipe Tovar, ni el grupo de humanistas que habían hecho muy bien su Latín en el Seminario Tridentino, ni las jóvenes generaciones del "Colegio del Salvador del Mundo". Venezuela era también el desierto y los hombres del desierto, ansiosos de expresión, cuyo caudillo y profeta se llamó Ezequiel Zamora. Pero ocurrió que esa educación un poco para las "élites" intelectuales (la educación del Latín y el Derecho Romano de nuestros primeros hombres públicos) no fué reemplazada por una Educación democrática, por el "humanismo moderno" con que soñaba Cecilio Acosta.

Cecilio Acosta fué uno de los hombres que

entre los años 60 y 80 tuvieron una visión más aguda de los problemas y urgencias nacionales. Se han precipitado sobre el país las masas rurales, los "hombres nuevos" que movilizaron las facciones federalistas: era preciso incorporarlas a la cultura, "darles forma" como diría Spengler. Y ese humanista—esa especie de fraile laico—sabe ver, los caminos de la civilización contemporánea. Más que en los discursos académicos —demasiado adornados para nuestro gusto de hoy —el pensamiento vidente y vigilante de Acosta se vierte en aquellos artículos o cartas un poco familiares en que parece discutir con un interlocutor invisible el destino de nuestras democracias criollas. El mundo democrático sajón le sirve como ejemplo, contraste y amenaza, ante el desorganizado mundo indolatino. Pide para Venezuela nuestro humanista aquello que es un lugar común pero que en la práctica no hemos hecho: una enseñanza democrática que a base de idiomas modernos bien aprendidos nos abra las rutas del comercio y el conocimiento mundial; menos doctores y más agricultores y artesanos, estudios técnicos, conocimiento objetivo y directo de nuestro territorio. Contra el peligro imperialista sajón que ya había advertido admirablemente Gual, Acosta recomendaba "sajonizarnos" un poco, no renunciando a nuestra alma nacional pero adaptándola a los valores y las formas del mundo

moderno. Eramos los románticos, los soñadores indolentes y desaprensivos, en una civilización dirigida por ingenieros y hombres de empresa.

Pero bajo la autocracia guzmancista no era un pensador aislado como Acósta, quien podría transformar la vida nacional. El y otros intelectuales que no se plegaron a la alabanza y perpetua apoteosis del Dictador, vegetaban en ese "cementerio de los vivos" de que hablaba el propio Guzmán Blanco. La gran retórica de la "causa liberal" ahogaba en las aclamaciones del "septenio" o del "quinquenio", en los discursos y manifiestos presidenciales, en los editoriales de "La Opinión Nacional" — primera gran empresa de periodismo cesarista surgida en el país — el eco de un verdadero pensamiento nacional que ayudara a la edificación democrática. La fuerza del Estado guzmancista se expresaba en aparatosas obras de ornato: el Capitolio Nacional construido en ochenta días, el Paseo del Calvario, las torrecillas góticas de la Universidad, etc. Entre tanto se extendía el paludismo en el llano; se estancaba la riqueza ganadera y pagábamos en contratos leoninos las pocas obras de efectivo progreso construidas con auxilio del capital extranjero (muelles y ferrocarril de La Guaira; Ferrocarril de Puerto Cabello etc.)

El clima propicio y los elementos raciales

más homogéneos favorecían a algunas regiones del país, como la región andina, que permanecieron un poco al margen de la vasta tormenta federal y que aun sin recibir inmigrantes y disponer de buenos caminos al mar, aumentaban, empero, de riqueza y de potencial humano. Son estas circunstancias étnicas y sanitarias las que en la alborada del presente siglo producirán una revolución andina. Lo que se ha llamadó "la cuestión andina" reproduce en pequeño en nuestra Historia Nacional el caso del Lacio agrícola y biológicamente fuerte y unido de los prmeros siglos de la historia romana, sobre las poblaciones más brillantes, pero más divididas, de la Italia Meridional o de la Macedonia montañesa sobre los retóricos y discutidores de Atenas. Ningún problema de Historia Venezolana requiere del historiador o sociólogo mayor cuidado y comprensión al interpretarse. Que bajo Castro y Gómez, los dos caudillos montañeses, la administración fuera rapaz, no es culpa de los Andes sino de la vasta dolencia social. Y en la descomposición de ese período que Pocaterra ha llamado la Venezuela de la Decadencia, Castro y Gómez ayudados también por sus "doctores", pueden afirmase en el poder nueve años el uno y veinte y siete el otro.

Medio siglo después de la Federación aun subsistía aquel estado social informe creado

por ella. Castro, Gómez y sus "jefes civiles" eran como los últimos y tardíos representantes de esas masas rurales que entre 1858 y 64 destruyeron las "formas" del Estado venezolano. Habrían podido llegar a incorporarse normalmente a la vida nacional, si lo que entre nosotros se llamó campanudamente el Liberalismo, hubiera realizado lo que no alcanzaron o no pudieron realizar los godos: un plan económico y una reforma educacional. El poder público se deseaba como una industria en un país de tan rudimentarias formas económicas como era el nuestro. Si algunas pequeñas oligarquías provincianas conservan las haciendas heredadas de sus mayores, y la tierra rica (a pesar de la técnica agrícola primitiva) les dá holgadamente para vivir; si a la sombra del capital extranjero empieza a formarse en Caracas y en los centros comerciales otra oligarquía que acapara los bancos y el Comercio exterior, la gran masa carece de destino económico. El venezolano que no heredó hacienda y que no tiene vocación para médico o abogado (las dos profesiones liberales a que se aspira más anhelosamente) no encuentra que hacer. Por ésta razón, las guerras civiles y revoluciones de Venezuela en el siglo XIX parecen movilizar en busca de un destino personal esa masa de población pasiva, sin ubicación ni sitio en el mundo. Pequeños comerciantes y gentes

endeudadas se incorporan, así, a las facciones de la Federación y de las guerras que vienen después. La vida venezolana de aquellos días es la enorme novela de las gentes que se lanzan a perseguir la suerte. Se esperaba una revolución casi como un medio de circulación económica; se robaba al hacendado o se imponía un "empréstito forzoso". Cuando no había una revolución, eran aventuras como las del caucho o el oro de las selvas guayanesas las que lanzaban a las gentes tras un nuevo Dorado de fortuna.

El atraso cultural iba de mano con el atraso económico y explica también la violencia inaudita de aquellas horas de historia nacional. Ante las masas nuevas y bárbaras que había aflorado la Guerra de la Federación, un hombre como Guzmán Blanco llega a asustarse y tiene una gran idea: multiplicar las escuelas, crear la Educación primaria obligatoria. Esta idea guzmancista como todas las suyas, apenas roza la superficie del problema. Indudablemente hay más escuelas en 1880 u 84 que las que existieron en el tiempo de los godos. Pero estas escuelas sin maestros (porque los caciques locales nombran a su guisa los preceptores), sin material de enseñanza, sin relación práctica o emocional ninguna con el medio donde deben actuar, apenas enseñan a algunos proletarios o campesinos venezolanos a garrapatear su

nombre o a leer deletreando. No se traducen en cambio moral o económico provechoso para el medio rural. No mejoran la producción ni las formas de la convivencia familiar, ni la comprensión cívica de la Patria. Por lo demás, el esfuerzo educacional de Guzmán Blanco no tiene continuidad bajo los "césares" posteriores. Recientemente y de manera muy sagaz, ha hecho Arturo Uslar Pietri un estudio crítico de los Presupuestos venezolanos en el presente siglo. La instrucción pública, es naturalmente, bajo los regímenes de Castro y Gómez la rama más abandonada y peor dotada entre los servicios del Estado. En esta materia nos corresponde bajo el gomecismo, el triste privilegio de ir como a la zaga de los países suramericanos.

Ante las desgracias del país y el empirismo y la rutina bárbara que se suceden bajo la forma de malos gobiernos (Crespo, Castro, Gómez) la inteligencia nacional suele reaccionar conformista o pesimistamente. Un venezolano que hubiera nacido en las últimas décadas del siglo pasado —el 70, el 80, el 90— y cuya edad de razón correspondiera a los regímenes de Castro o Gómez, no habría visto en torno suyo ni podía aspirar ni desear otra cosa. Lo que entre nosotros se llama la cultura no es propiamente la identificación o comprensión con la tierra sino la fuga, la evasión. El "modernismo literario" de los años 90 a 900 signi-

ficó para los intelectuales venezolanos el camino a Europa, la reivindicación individual de cultura de los mejor dotados en un país que todavía no los comprende ni los necesita. El nombre de la revista con que se inicia una de las brillantes generaciones literarias que ha tenido el país —la de Coll, la de Díaz Rodríguez— es revelador de ese estado de alma. Se llama "Cosmópolis" porque hay que buscar en otras tierras el contento espiritual que no puede ofrecer la nuestra. Porque en el medio no dominan las ideas sino los instintos, el escritor o el artista se encierran en su "torre de marfil"; en el shakesperiano castillo que sirvió como título a un libro de Pedro Emilio Coll. Las dos actitudes más frecuentes en la literatura y el pensamiento venezolano de ese período son el criollismo folklórico y el ausentismo exótico. El decadentismo europeo y el individualismo estético de los años 90 aleja al escritor de la tierra o lo impulsa a erigir frente a la oscura realidad próxima su fantástico mundo de sueño y de errancia como en el Tulio Arcos pintado por Díaz Rodríguez. Si los mejores escritores de esta generación y de la inmediatamente anterior —Gil Fortoul, Zumeta, Díaz Rodríguez, Coll, Urbaneja Achelpohl— han escrito páginas que cuentan entre lo más duradero de la prosa venezolana, a otros puede aplicárseles la definición de Francesco de Sanc-

tis al explicar el barroco literario italiano de la época de la Contra - Reforma: "Toda idea literaria —decía Sanctis— se refiere a la forma y carece, entonces, de contenido. La literatura es una especie de espectáculo vocalizado en que predomina y se busca lo intrincado del concepto, el brillo de la imagen, la sonoridad de la frase. Es un ideal frívolo y convencional con escaso sentido de la vida real; es un absoluto ocio interno". Mientras los bárbaros llegan —como en "Idolos rotos" de Díaz Rodríguez— el artista que se siente desterrado en el medio, sin voluntad ni apetencia para un combate que advierte desesperado, se refugia en el amor o en un solitario e incomprendido ideal de belleza. O bien —ya que todos son bárbaros— con frenesí danunziano, quiere buscar también la oscura y cruel hermosura de la barbarie. (Había poetillas decadentes que comparaban a nuestros "jefes civiles" de la época de Castro y Gómez con los "condottieri" del Renacimiento). Ser guapo en el sentido de la violencia criolla, parecía también un valor estético.

— A pesar de nuestro atraso científico, o precisamente por eso, el materialismo determinista de la segunda mitad del siglo XIX era la única corriente filosófica que había penetrado en nuestras escuelas. Como ya lo he explicado en otro ensayo mío ("Hispano América, po-

4

sición crítica") surge en esa época, entre nosotros, una Sociología de tipo cesarista que pretende justificar el hecho venezolano y que puede esgrimirse como arma providencial de propaganda política.

Los ensayos del Dr. Arcaya, por ejemplo, que ha hecho un trasplante tropical de las ideas europeas de Taine en sus "Orígenes de la Francia Contemporánea", de Letourneau, Tarde o Sergi, tienden a producir este conformismo o renunciación del hombre ante el medio. Para su Sociología (que en este punto se acerca curiosamente al materialismo marxista) son causas de orden naturalista las que producen y concatenan con inexorable fatalidad, los sucesos históricos. El hombre —aunque sea el grande hombre— no es sino un contemplador pasivo de las fuerzas mecánicas e ineludibles que, según él, imponen el ritmo de la Historia. Bolívar tenía un pensamiento —parece decirse el Dr. Arcaya— pero las circunstancias geográficas, étnicas, económicas y sociales hicieron de la ación de Bolívar algo muy diferente de lo que él soñó o se propuso. En nombre del materialismo cientificista que atribuye al hombre del trópico las peores condiciones de realización, el Dr. Arcaya ataca en un discurso memorable el sueño cívico y legalista de Muñoz Tébar en su obra "Personalismo y Legalismo". Mientras que para ése genial creador

de la Historiografía moderna que se llamó Leopoldo Augusto de Ranke, la Historia es precisamente aquello "que no quiere someterse ni resignarse a la naturaleza, la creación cultural que predomina sobre la fatalidad telúrica, el conflicto grandioso de las voluntades humanas", para Arcaya la Historia es una especie de Ciencia natural. Por ello, porque las cosas suceden como suceden y la voluntad humana no puede torcer su inexorable curso, Arcaya es el pensador eternamente viejo, sin ilusión ni esperanza. Exagerando a Taine todo se le explica por factores naturalistas: Bolívar sale para él de los antepasados vascos trasladados al trópico; Páez es un producto puro de la sabana venezolana. Pero lo que con la expresión goethiana podríamos denominar "la formación y el aprendizaje", la gran aventura del hombre para forjar su destino, no encuentra en él una explicación clara. Si a menudo los conservadores reclaman para sí una filiación espiritualista, el conservatismo de Arcaya es por excepción, materialista. Antes de él los historiadores y escritores venezolanos —Larrazábal, Eduardo Blanco— habían visto el pasado nacional envuelto en las nubes del poema épico. Se escribía, se escribe aún de Historia, en fatigoso tono de himno. Pero para reaccionar contra ello se cae con Arcaya en el extremo contrario: se convierte la Historia en uno como

capítulo de la Geografía Física o de la Etnografía.

Mucho mayor viveza de forma y de intención dialéctica, tienen los trabajos de Vallenilla Lanz. Este alegato apasionado, habilidosísimo que él formula en pro del cesarismo criollos, se quebranta por su base. Vallenilla aspira a una teoría del pueblo y del Estado venezolano, a descubrir una "constitución natural" que oponer a las constituciones de papel de los ideólogos que desdeña, como si Venezuela fuese ya una nación fijada en un definitivo cuadro histórico. Argumenta un poco como podría hacerlo un Mommsen contemplando desde una lejana perspectiva histórica, el Estado romano. Para él Venezuela ya "es" y no comprende y no quiere comprender, que Venezuela "deviene". Buscando un paralelo al caudillismo criollo, se encuentra con el caudillismo argentino de la época de Rosas; pero lo que puede ser una forma transitoria, se le aparece ya como fijado y permanente. Al poder despótico, surgido de la montonera y de la guerra civil, él le agrega el epíteto "democrático". Pero la palabra "Democracia" apenas parece tener en Vallenilla un sentido racial, étnico. Venezuela es Democracia para Vallenilla porque algunos hombre de color o de humilde origen se convirtieron merced a las guerras civiles del siglo XIX, en clase dirigen-

te. Es decir, de sometidos se transformaron en opresores, sin que cambiara absolutamente la estructura económica.

Recuerdo —siendo yo un adolescente—haber escuchado dos o tres veces la charla vivísima y anecdótica de Vallenilla Lanz. Para ser un venezolano de su tiempo, había acumulado una carga opulenta de fría desilusión. Manejaba cada anécdota de los caciques de la guerra civil, como una ley de inexorable Sociología. Por no creer en la eficacia de las ideas, se entregaba a ese mensaje oscuro del instinto bárbaro. Escribió con talento y seguramente fué sincero. A la corriente intelectual que él representó, se le pueden aplicar algunas de las ideas-fuerzas de aquella política.

Desde un punto de vista puramente literario es "Doña Bárbara" de Rómulo Gallegos la más significativa obra de ficción producida al final de la época gomecista. Es el libro en que mejor cabe, hecho símbolo, la tragedia civil que sufría Venezuela. "Doña Bárbara" es el instinto puro y devorador que consume toda construcción, todo orden de la inteligencia y la cultura. Ella se yergue ardorosa y terrible en su voluntad de barbarie. Es como la Venezuela mestiza surgida de la montonera primitiva, del pueblo sin guía, del Estado sin forma que hemos sufrido a través de las crue-

les guerras inexpiables y las dictaduras de los siglos XIX y XX. Y aquel mundo de "Doña Bárbara" se puede comparar —si no literariamente, por lo menos desde el punto de vista sociológico— con la Venezuela aldeana que con parecido dolor civil, describiera Fermín Toro en un discurso famoso de la Convención de Valencia en 1858. Entre uno y otro testimonio literario han mediado setenta años: es decir el curso de más de dos generaciones. Y a pesar de algunos ferrocarriles y carreteras, el estado social del pueblo parecía el mismo en 1930. Superstición, rutina, crueldad. Después de Fermín Toro las masas campesinas en que ardía un como instinto mesiánico, siguieron a los caudillos que les prometían justicia. Pero los jefes de la guerra se convirtieron en los "jefes" civiles de la paz castrista o gomecista. Relatos fabulosos, los sueños de un mundo mágico, siguen llenando como en 1858, el alma de la multitud analfabeta, crédula, infantil. Y la Historia que comenzó Bolívar está por proseguirse.

*
* *

En 1936 se abrió como un paréntesis, se comenzó a ventilar la que era empozada existencia nacional. Tuvimos prensa libre y deseo de renovar nuestra historia. Nos faltaba educación política que no pudieron transmitir-

nos los largos años de "cesarismo democrático", y apareciamos de pronto en medio de la vida moderna, como confundidos e interrogantes ante la variedad de caminos. Democracia es la palabra permanente en que se han troquelado todos los anhelos de reforma y organización, advertidos en los cuatro últimos años venezolanos. Somos en la mayoría gente de tierra caliente, y más que el plan tranquilo nos toma el arranque afectivo. El estadista debe contar con ello, cuando se dedique a mejorar y transformar la realidad venezolana.

La Democracia —como ya lo enseñaba Cecilio Acosta entre los años 60 y 80 del pasado siglo — es entre otras muchas cosas, un problema de cultura colectiva. Replegada en el bizantinismo formal de muchos años de tiranía; cerradas e inexistentes las Escuelas y Universidades donde pudieran formarse los hombres capaces de organizar un nuevo Estado, el problema cultural venezolano de los presentes días comporta una doble técnica y una doble solución. Por una parte esperan incorporarse a la vida jurídica y moral de la nación esos "Juan Bimba" sin historia (así se les ha llamado en 1936) cuyo destino étnico y espiritual todavía es un secreto; masa campesina y proletaria en cuya sangre se han confundido al través de las generaciones el blanco, el indio, el negro; raza nuestra cuya única forma de expresión colec-

tiva fué la violencia. Había hecho crisis la pequeña escuela —donde como decían los programas de Instrucción Primaria se les enseñaba "Lectura, Escritura, Historia Patria, Aritmética Razonada". Hay que enseñarles, también, a producir; a mejorar el trabajo de sus manos, a hacer moral y estéticamente más sana su convivencia.

Educación económica (rural, manual, técnica); Educación Física y sanitaria son rubros casi nuevos en eso que hasta ahora denominábamos nuestra Instrucción Pública. Simultáneamente con ello, hay que crear las cabezas que piensen para la Nación, los hombres capaces de señalarnos los caminos de la vida moderna. El médico, el abogado, el poeta espontáneo, han solido ser los únicos representantes de nuestra vida cultural. Al Humanismo clásico que dió su mejor fruto en Bello, en Fermín Toro, en Juan Vicente González, no lo sustituyó en nuestra enseñanza universitaria (fábrica de profesionales), el humanismo moderno en que pensó Cecilio Acosta. Nuestra cultura superior ha sido —como en todos los países suramericanos—, algo extraño al medio; flotante sobre nuestra realidad, ajeno al misterio propio que se llama el país. Glosa, repetición, traducción, fué la forma de nuestras universidades anquilosadas. El sabio solía ser el abogado instruido en los códigos de los más lejanos países, y que al-

macenaba en su memoria las sentencias de la Corte Federal y de Casación. Por éllo existe tan profundo abismo entre las leyes fabricadas en Caracas y la oscura circunstancia autóctona. Por ello, lo que tiene más valor en la producción cultural venezolana, son algunas obras de imaginación donde el instinto del artista — como en ciertas páginas de poesía o de novela tropezó más inconsciente que conscientemente, con el secreto o el enigma nativo. Algunos hombres de ciencia bien dotados, capaces de investigar y crear en un medio que no los comprendía, han trabajado terriblemente solos. Al margen de éllos con el empirismo, la rutina, la copia mecánica de la Ley y el Decreto, permanecía el Estado Venezolano.

Contra la inteligencia creadora y renovadora que en un medio de lucha cultural como el europeo transforma la realidad, abre la brecha de nuevos destinos sociales, han conspirado entre nosotros no sólo la ignorancia, sino el materialismo de una época de tanta depresión moral como el de la dictadura de Gómez. El destino mágico y extraordinario de aquel campesino astuto y rapaz hacia pensar a muchos que el dinero adquirido de cualquier manera, y el poder, eran los dos únicos valores humanos. Conocible y explicable era el desdén de Gómez por los letrados: ¿no le daban forma ellos a sus más oscuras intenciones?; ¿no le reforma-

ban la Constitución cuando así convenía a los negocios del "Jefe"?

El dinero fácil compraba los hombres o los hundía en el carnaval de favores, humillaciones e indignidades. Unos ingenieros yanquis habían descubierto el petróleo; y la riqueza fiscal mal administrada servía para la corrupción cotidiana de almas. Muchos que tenían capacidad y talento se perdieron en ésta gran feria de vanidad y de peculado. No hay una vida intelectual organizada porque no se la necesita y los cuatro temas de la literatura oficial: la "paz", el "trabajo", el "Benemérito", "los malos hijos de la Patria" agotaron ya su posibilidad expresiva. A través de 27 años ha caído regular, monotonamente, el mismo diluvio de adjetivos. Desaparecieron las revistas donde en otro tiempo se discutían problemas nacionales. Unos cuantos semanarios gráficos que publican las instantáneas de una corrida de toros o el "general en las Delicias" sirven para darle cabida y satisfacción a la intelectualidad gomecista. La otra intelectualidad está aherrojada en las prisiones, dispersa en el extranjero, o reducida al silencio en la propia Patria. En la Universidad se seguía repitiendo el Derecho Romano de Gastón May y la Anatomía de Testut. Con ello se obtenía un título, y si se era dócil era posible incorporarse al

rodaje de la pesada, rutinaria—pero eterna— máquina dictatorial...

Una tan larga experiencia de males nos da acaso por contraste, la posibilidad de cambiar. Es ahora el instante de volver por esa tradición cultural que perdimos pero que vivió con anhelo constructivo en algunos de los mejores y excepcionales hombres que ha dado el país. Contra el empirismo, la violencia, la eterna sorpresa y la aventura criolla, podríamos invocar la inteligencia que planea. La inteligencia no como adorno y objeto inútil, como evasión y nostalgia, sino como comprensión y revelación de la tierra. Es una especie de plan para recuperar el tiempo; el tiempo que aceleró Bolívar y que después se retardó y empozó en la maleza oscura de nuestra ignorancia y nuestra desidia. El problema de la inteligencia nacional es el de aprovechar la energía perdida, de hacer consciente lo que hasta ahora sólo fué como rápida iluminación en algunos escritores y algunos artistas; de abrir —para los que estaban perdidos y ciegos— las ventanas y los caminos que se proyectan sobre el mundo.

Antitesis y Tesis de Nuestra Historia

Hace pocos meses uno de los escritores venezolanos más diestros en la reflexión histórica, Augusto Mijares, reunió en un conjunto de ensayos titulado "La interpretación pesimista de la Sociología hispano-americana", lo que se puede llamar la crítica y el proceso de la tesis materialista y fatalista con que cierta familia de pensadores criollos abordó la explicación de nuestras sociedades vernáculas. Mijares polemiza un poco contra aquellos doctores que no vieron en la historia social y política de la América Latina después de la Independencia sino una pintoresca montonera insubordinada, donde la agria ley del instinto bárbaro y un gusto del desorden por el desorden, fué más eficaz que el principio jurídico y la construcción abstracta de los ideólogos. En el alba de la historia política de nuestras nacionalidades se opera ese conflicto entre el letrado y el jurista que ha recibido la cultura europea y quiere arraigarla en el duro terral americano, y el violento hombre del destino que viene con sus jinetes nóma-

des, su lanza y su violencia a destruir la abstracta y artificiosa construcción de los intelectuales. Es simbólicamente el conflicto entre Rivadavia y Rozas en la República Argentina; entre Carujo y Vargas en la historia venezolana. La Historia de América no fué en aquel oscuro momento genésico, como debía ser, sino como pudo ser. Lo rural suele prevalecer sobre lo urbano; la inmensa tierra adentro — llano, pampa, serranía— no sólo manda a las más civilizadas ciudades del litoral la fuerza de sus vientos y sus lluvias, sino la más ciega voluntad de sus multitudes fanáticas y vengadoras. Son días de violencia y furor; verdaderos "dies irae".

Cuando la civilizada y confortable Europa de aquel tiempo que era para ella de expansión económica y de seguridad burguesa, y de fe en que las ciencias experimentales y el materialismo científico no sólo explicarán los fenómenos particulares sino pudieran proyectarse, también, al fondo complejo de las sociedades humanas; cuando más allá del Atlántico, Europa y sus sabios miraban orgullosamente a nuestros pueblos recién nacidos, lo hacían aplicando esquemas y prejuicios que coreaban después —porque tenían la suprema autoridad de lo europeo— nuestros repetidores y exégetas. En Sur América había frecuentes revoluciones; cambiaban con extraordinaria prisa al-

gunos jefes de Estado, o bien si lograban dominar a los pequeños caciques alebrestados que competían con ellos, se afirmaban en el poder por largos e inconstitucionales lustros. La Constitución era una camisa elástica que cambiaba —zurcida y enmendada por los doctores— según fuera el apetito y la gana del caudillo dominador. Miradas superficialmente nuestras revoluciones y montoneras parecían a la risa pronta de los europeos optimistas y bien alimentados de aquel tiempo, estupendos temas para las operetas y el "vaudeville". En los espectáculos parisienses de "varieté", allá por el novecientos, las revueltas suramericanas conpetían con las balcánicas sus posibles argumentos de pintoresca teatralidad. Más de una canción parisiense de "avant guerre" inventa y ridiculiza un falso paisaje americano de cocoteros, indios y revoluciones. De la misma manera en la zarzuela española el caudillo americano que viene de la manigua con su sombrero de cogollo y su melancólica voz cantante, solía ser a menudo un protagonista de la comparsa cómica. La estilización europea más lograda de esa visión arbitraria y absurda de nuestra América nos la ofrece la buida prosa del "Tirano Banderas" de Valle Inclán; canto y caricatura magnífica de una América de cromo poblada de guitarras, hamacas, machetes y caciques de pelo hirsuto y ancho sombrero. Cuando se quería dar una ex-

plicación pretenciosamente científica de aquella turbulencia, se achacaba al clima tórrido y al mestizaje racial. Con estos dos factores de Raza y Clima se fundamentaron algunos estudios sociológicos nuestros — por ejemplo, en Venezuela, los del Dr. Pedro M. Arcaya, discípulo obediente de Le Bon o de Letourneau. La Europa que nos juzgaba había olvidado la perspectiva histórica y pretendía que nuestras soluciones sociales se adaptaran armoniosamente a las suyas. Olvidaba la Europa del siglo XIX que ella también fué discola y tumultuosa en su período de formación; por ejemplo en la Edad Media. Y que los caballeros de la Epopeya francesa no eran menos aficionados a la sangre que los caudillos de nuestra guerra civil. La técnica política, la crueldad fría y la astucia de un gran personaje de la vieja historia europea como Luis XI no eran, miradas en su medio y momento, diametralmente distintas de las de un voluntarioso caudillo criollo como Juan Manuel de Rozas en la Argentina. El error más grave era, así, aplicar a los fenómenos americanos los mismos valores de juicio que podían convenir a la Europa próspera, parlamentaria y capitalista del siglo XIX. La seguridad, la tolerancia, la organizada vida de la Europa de entonces, ¿no eran una consecuencia del bienestar económico, de la abundancia de mercados y productos, de la democratización de los pro-

gresos técnicos? Y como para desencantar a la orgullosa Europa que ya creía haber asegurado para siempre, como adquisiciones permanentes de su civilización, la tolerancia y la libertad civil, la filosofía política del Liberalismo, la democracia electoral y el creciente ascenso económico de las masas, ¿no hemos visto después de la Guerra en las naciones que que sufrieron más, uno como retroceso y crisis de aquellos valores, un nuevo e insospechado predominio de la violencia sobre la ley, uno como "suramericanismo" político en el sentido en que calificaban nuestro sistema social los envanecidos pensadores de hace treinta años? ¿No se adornan ahora de títulos pomposos, como nuestros caudillos del pasado, los dictadores europeos que brotaron de la tormenta material y moral de la post-guerra? En algunos países que nosotros reverenciábamos como civilizadísmos ¿no está ahora sujeta la prensa, comprimida la opinión pública, repartida y confiada la Administración al grupo ciegamente adicto, con la exclusión de toda idea discordante y análisis libre? Y ha ocurrido como para destruir aquel esquema que nos asignaba a las naciones jóvenes de América en comparación con las de Europa, una fatal inferioridad política, que en la hora presente la vida social y los regímenes de gobierno de nuestros pueblos americanos parecen ya más normales y jurídicos, con mayor

respeto por la persona humana que las construcciones de odio que se han levantado en algunos refinados y super-civilizados países europeos. No es, pues, el clima o la mezcla de razas lo que produce la turbulencia o la dictadura, como nos enseñaban algunos maestros de la sociología naturalista. Violencia y dictadura son estados sociales y complejos que rompen el marco falso de una interpretación étnica, geográfica, antropológica.

Un caso como el de nuestra historia nacional podemos los venezolanos estudiarlo y mirarlo sin los prejuicios de una pseudo - ciencia marchita, porque es nuestro mismo tiempo y el ensanche de nuestra pupila histórica lo que está rectificando los dogmáticos esquemas de ayer.

*
* *

Fué Venezuela uno de los países donde la Historia se vivió más como tormenta y como drama. El largo trazo de gloria y aventura marcial que una milagrosa voluntad venezolana — guiada por hombres del empuje y el estilo de un Bolívar, de un Sucre, de un alma tan potentemente conspiradora y demoníaca como la de Miranda— marcó en la Historia de América, esa extraordinaria hora en que nuestros jinetes y pastores llaneros, ansiosos de espacio, cruzaron la América del Sur e iban a disputarse Re-

públicas, vive en el recuerdo y la tradición venezolana con todo su patetismo romántico y hasta servía de contraste para lamentarse de la miseria y el dolor inútil que después siguió en muchas horas oscuras de nuestro inmediato pasado. En nuestra vida histórica de cortos años, pues sólo comenzó efectivamente en 1810, ya los venezolanos hemos hablado de "apogeo" y "decadencia".

Como la historia es reciente y tiene por escenario una naturaleza inmensa y todavía en trance de domar, el esfuerzo del hombre es discontínuo y el hecho nuevo parece imprevisible. A la magnífica energía venezolana que se hizo sentir en el Continente durante las Guerras de la Emancipación, a ese momento triunfal en que Venezuela proveía de presidentes y libertadores a la mitad de la América del Sur, a la empresa libertadora que comenzando en el Caribe iba a finalizar en las lejanísimas punas heladas del Alto Perú, le sucede en nuestra Historia interior una época de intranquilidad y turbulencia que tiene su reverso terrible en las luchas sociales de la Federación. De la voluntad aglutinadora, de la conciencia nacional que habían tenido los próceres de 1810, se pasaba a la anarquía y disgregación de las contiendas civiles, apenas apaciguadas en la paz con mordaza, de nuestros caudillos. Independencia y Federación eran como las dos claves históricas en que se

desencadenaba el drama de nuestra nacionalidad. Una primera época afirmativa en que los venezolanos ofrecen a la libertad de América un caudal excedente de ideas y energía, y una segunda época negativa en que recluidos ya de nuevo en nuestro escenario cantonal nos devoramos unos a otros; matamos venezolanos porque ya no hay godos ni españoles; guerreamos y peleamos y nos "alzamos" porque se ha destruido en el rencor fratricida todo concepto y toda idea de convivencia política. A los Libertadores se oponen, entonces, los Dictadores; los jefes de la mesnada ululante en quienes la ley se convirtió en látigo de cuero retorcido y la "cosa pública" se volvía despojo privado. Con breves interrregnos de civilidad y legalismo que ni alcanzaban a gustarse, se desarrolla así todo un período de nuestra historia social que comenzó en 1858 o acaso mejor en 1848 con la primera presidencia de José Tadeo Monagas, para terminar en 1935 con la presidencia que parecía vitalicia de Juan Vicente Gómez. Interregno trágico de 87 años en que los venezolanos hemos alternativamente peleado o llorado, o bien, porque era menos peligrosa razón de vivir, nos adormecimos en el sopor de una vida material fácil ya que exigía poca cultura y poco bienestar y el trópico regalaba sin esfuerzo sus opimos frutos. En ciertos momentos, y ante lo que sentíamos como invencible y empecinado de-

sastre político, inquirimos si cuando Bolívar dijo su desconsoladora frase de "aré en el mar" no había descubierto la más dolorosa corroboración de nuestra historia.

Pero sólo en la Biblia o en los elevados y lejanos símbolos de la Teología, existen pueblos perdurablemente marcados con un signo de maldición. La Historia no puede interpretarse solo como antítesis, como alternancia de gloria y de miseria, de premio o de castigo. El hecho histórico tiene una vibración infinitamente más amplia que la que le impone nuestro subjetivismo romántico. Y ver, por ejemplo, en Venezuela una época grandiosa y dorada a la que se opone en claroobscuro una época negra, es una forma de ilusión, una metáfora. La turbulencia y la ilegalidad violenta de todo un período de nuestra historia no significa para nosotros, ninguna inferioridad específica en relación con cualquier pueblo americano o europeo, sino una explicable etapa de nuestro proceso social. Y aún podemos preguntarnos si esas revueltas que retardaron nuestro avance material no contribuyeron, desde cierto punto de vista, a solucionar o cuando menos a precipitar la solución de otros problemas que sin ellas gravarían o complicarían más la vida venezolana.

De aquella antítesis, de aquel período oscuro, el historiador puede desprender también

una tesis; algunos valores positivos susceptibles de hacerse razón y conciencia en el desenvolvimiento nacional. Veamos éstas fuerzas y formas que marcaron la tipología de nuestro país en el conjunto de los pueblos de América.

*
* *

La guerra fué —haciendo una desacreditada imágen romántica— como la enorme criba, el tremendo caldero de las brujas, donde iba a fundirse o a prepararse lo que empezamos a llamar democracia venezolana. Quien pueda sentir nuestra historia no como documento inerte sino como color, cuadro, imagen, notará cómo estas guerras fueron cambiando el tono y mudando el paisaje social. Hasta 1810, hasta 1814 tal vez, fué la colonia cerrada y dividida en sus estamentos y castas. Rígidos prejuicios de clase y de raza, la etiqueta y el formulismo puntilloso de una sociedad hermética, caracterizan nuestra vida colonial como la de otros pueblos de América. Hay algo más que anécdotas y lance divertido en aquellas disputas coloniales por la limpieza de sangre, por el privilegio de servir en la milicia real o de llevar paraguas. Episodios y escenas que nosotros interpretamos con humor, los contemporáneos los sintieron como tragedia. (Aquello que un filósofo contemporáneo, Max Sheler, ha estudiado como un factor sociológico de suma im-

portancia; el resentimiento moral, obra como un explosivo en grandes hombres de acción venezolanos, desde Miranda hasta Ezequiel Zamora. El joven Miranda que ha visto humillar a su padre, convierte en conspiración genial su soterrado rencor contra los españoles, del mismo modo como Ezequiel Zamora no olvidará nunca, hasta que muere en San Carlos, en plena tormenta federal, la bofetada que recibió de un jefe godo el año 46). Pero la Guerra fué en Venezuela, entre otras cosas, una como descarga y liberación del rencor de castas que había sedimentado la Colonia .Episodios tan trágicos como el de la Guerra a Muerte y el de la gran emigración del año 1814 ante el avance y reconquista española, me parecen decisivos para la formación del alma criolla. Con la Guerra a Muerte, —aunque haya sido tan horrible, porque los momentos genésicos de todo pueblo y toda historia suelen ser momentos horribles— el criollo (llamando criollo no sólo al blanco americano sino a todos los que seguían la bandera de Bolívar) toma conciencia de su orgullo y de su valor frente al español: el derecho del suelo, su ocupación de la tierra, crean en él una como fuerza jurídica y moral que opone osada y cruelmente, frente a la jerarquía administrativa y nobiliaria española. Bolívar trabaja y aprovecha la vehemencia de ése instinto popular; domina y es jefe porque no in-

tenta imponer a esa belicosa montonera el orden y la disciplina militar, de tipo europeo, que había querido importar Miranda. El Bolívar del año 13 es muy diferente del pensativo legislador de Angostura en 1819 y del hombre ya un poco desengañado y un tanto reaccionario que vive su noche triste en Bogotá, en 1828: es aquel un Bolívar en plena fuerza de la edad, sumido y sumergido en el torrente del alma colectiva, el Bolívar que viviendo y comprendiendo a América, ha sabido cambiar su casaca europea por la ruana y la chamarreta conque los "guates" serranos cruzan los páramos o por la cobija terciada del jinete llanero. Un Bolívar que no ha sido sordo — porque era necesario — a la tremenda y espantosa lección de fiereza que daban en ese instante, desde campos contrarios, un Campoelías y un Boves. La Patria está ahí, con su mezcla de razas, de color, de regiones y costumbres, en estos venezolanitos rápidos y nerviosos que acampan junto a la Iglesia de San Francisco en la Caracas de 1813.

Y el año siguiente es el año de la gran emigración. Seguidos de sus familiares y esclavos, conduciendo en pocos fardos lo que han podido salvar de la riqueza inmóvil de la Colonia —objetos de plata, trajes de lujo, papeles y viejos títulos de propiedad— marchan los patricios criollos en desolada e incierta fuga. La

marcha de la caballería española, los crímenes de Rosete y de Boves, los patíbulos de Caracas, de Valencia y de Cumaná son los espectros de sus noches. No saben a donde van; a donde llegarán. Es un viaje sin itinerario. Unos se salvan en barquichuelos que se dirigen a las Antillas. Para otros es la inmensa marcha a pié o a caballo que terminará en la soledad de los llanos o en las altiplanicies de la Nueva Granada. Para algunas familias serán tres o cuatro años de nomadismo. Y es el peligro común, la trágica coherencia que produce el miedo, el impulso de la vida errante que ha roto el viejo orden sedentario, lo que acerca a las clases, lo que suaviza y aproxima la relación del amo y el esclavo. No es posible mantener en un caney llanero, junto a la siempre atizada fogata nocturna que los defiende de los animales feroces y de los peligros de una naturaleza bravía, la etiqueta y cerrado régimen aristocrático que imperó en las mansiones patricias de Caracas. La lucha por lo elemental: vida, alimento, choza o tienda habitable, disminuye las rígidas fronteras sociales. Hay una nueva e inédita comunicación entre el amo y el siervo.

*
* *

El pueblo ha producido en esta inmensa faena de la guerra sus pastores y conductores. José Antonio Páez, un llanero humilde, que a fuerza de valor, galopadas y lanzazos se ha

creado un inmenso destino personal, es el jefe de Venezuela en 1830. En él se apoyan los grupos oligárquicos porque — este es un fenómeno profundamente venezolano — sin él, sin el guerrero que viene del pueblo, ellos no tendrían voluntad de poder. Lo que en la Historia de nuestro país se llama el régimen godo o la oligarquía conservadora, es un sistema de transacción entre el militarismo que tiene un origen popular y la clase aristocrática que suministra los letrados, los financistas, los grandes funcionarios. Transacción que indica un tono de vida muy diferente de lo que fué el régimen colonial. Conteniendo sus prejuicios éticos y sociales para asegurarse la buena voluntad del jefe, la aristocracia criolla en sus grandes personeros, debe visitar y rendir pleitesía a las esposas morganáticas del General Páez. En la Administración pública y las altas funciones del Estado se van mezclando junto con los viejos apellidos historiados y rancios, aquellos nombres nuevos de militares y caudillos que afloró la Guerra. Si pequeños círculos oligárquicos sirven para controlar y dirigir en centros urbanos y pacíficos como Caracas, Valencia, Mérida, Cumaná —ciudades godas—, tienen muy poca validez en provincias como las llaneras donde es preciso defenderse del doble peligro de un espacio inmenso y despoblado y de una gente nómade y díscola. De las grandes llanu-

ras ha venido en la Venezuela del siglo XIX el ímpetu guerrero e igualitario. El militar criollo que comenzó siendo jefe de montonera bárbara, cumple en la Venezuela de entonces una misión análoga a la del tirano griego: es un poco el creador de un orden nuevo y frecuentemente ilegal, frente al constitucionalismo estático de la clase oligárquica y letrada.

Después de 1848 a la fuerza fusionante y belicosa que viene de la campiña llanera, se mezcla la demagogia urbana. Y el primer gran demagogo urbano que pone en una prosa galicada la teoría liberal y casi socializante que recogió en las gacetas europeas, es Antonio Leocadio Guzmán; el viejo Guzmán que merece una biografía novelada y pintoresca, análoga a las que están hoy de moda. Extraña alma de criollo, ambiciosa e inescrupulosa, a quien mortifican — para su inmenso deseo de figuración — algunas gotas de su sangre mezclada y en quien también actúa "el resentimiento". El viejo Guzmán ha sido un segundón — por la edad y los cargos que se le confiaron — en la gran generación de la Independencia, y él aspira y necesita un sitio de primer plano. Su lucha es un poco contra los Generales de la Independencia y la clase oligárquica que no le permite arribar plenamente; sabe, con un arte dual y complicadísimo, halagar a la multitud y fomentar la intriga secreta entre los viejos con-

militones como Páez y Monagas. Es uno de los espíritus más diabólicamente tentados por la Política que ha producido Venezuela; el demagogo máximo que en su vejez y frente a la sociedad nueva que surgirá de la revuelta federal, podrá asumir su esperado y deseado papel de gran patricio y consejero de la "causa liberal".

Y por aquí marchan ya y se insinúan los caminos que a través de la dictadura de ambos Monagas han de conducirnos a ese revuelto mar de fondo, a ese profundo terremoto social que se llamó la Federación.

*
* *

En su barbarie, en el encuentro del ímpetu rural e igualitario que venía de las grandes llanuras con la demagogia urbana, la Federación —entre muchos desastres— sirve para fundir y emulsionar, definitivamente, las clases sociales. Es sobre todo un violento impulso ascenconal el que desde el decreto de liberación de los esclavos por José Gregorio Monagas en 1854 conmueve a todo el país; se agitan los más profundos estratos; hombres que ayer molían caña en el trapiche engrosan las facciones federalistas, se convierten —como un Martín Espinosa— en los guías y los taumaturgos inexorables de una multitud vindicadora y desalada. Verdadera invasión de masas campesinas; precipitado del campo sobre la ciudad; amalgama racial que se produce por el derecho de la

aventura y la guerra. Y es ya una sociedad nueva la que debe presidir en sus veintidos años de cesarismo un hombre como Guzmán Blanco. O los godos aceptan la fusión y pactan con los hombres nuevos, o quedan reducidos al olvido y al silencio. A diferencia de otros países de América —como Chile o Colombia donde subsisten los apellidos ilustres y la casta ductora— la vida social venezolana se caracteriza, entonces, por su extrema movilidad; nombres oscuros y venidos de las más remotas provincias, lustrados y descubiertos por la guerra, entroncan con los apellidos históricos. Una ciudad-crisol, Caracas, trata de civilizar y dar forma a esas gentes que galopando en su instinto salieron de la comarca más lejana a fijar su nombre e imponerse. Y es comprensible que roto el marco jurídico y la jerarquía de la vieja sociedad fundada en la tradición y la sangre, sea el militarismo la única fuerza coordinadora, la disciplina instintiva de un pueblo en ebullición, en trance de fundirse.

El subconsciente individual o colectivo encontró satisfacción en esta como descarga psíquica que aportaba la guerra civil. Las fiestas de Guzmán Blanco tratan de apaciguar o domesticar aquellos jefes rurales que con una espada —siempre a punto de desenvainarse— y una plebe mística que puede seguirlos, es preciso incorporar a los nuevos estamentos socia-

les. La aristocracia de ayer, empobrecida y probada por tantos años de horror y de privaciones, acepta y busca — como la aristocracia romana de fines de la República — el "jus connubium" que le ofrecen aquellos plebeyos afortunados. (Quedan como en Roma los "tradicionalistas", los Catones nostálgicos de una tradición y una jerarquía perdida. Ellos evocan— como don Domingo Antonio Olavarría— el buen tiempo pasado y quisieran restaurarlo desde las páginas de sus escritos históricos y estudios políticos. No se dan cuenta de que lo que ocurrió en Venezuela fué algo mucho profundo que "las malas ideas del viejo Guzmán" o el largo despotismo personal de Guzmán Blanco; que era una como fuerza plutónica que removía y cambiaba los estratos sociales. Y por no comprenderlo, los últimos godos románticos buscaron durante largos años un segundo Páez. El último mito godo, el último sueño tradicionalista, es a fines del siglo XIX y primeros años del siglo XX el General José Manuel Hernández, el "mocho" Hernández; el caudillo de la fracasada esperanza. El "Mocho" fué para el tradicionalismo venezolano lo que aquel mito de "Don Carlos, el pretendiente" para los legitimistas españoles del siglo pasado. Se nutren ambos mitos de idéntica materia emocional. Indefinibles elementos mágicos, el conjuro de los soñadores que no pueden obrar,

unge de mesianismo a estos seres que son casi fantasmas y que por ello recogen la vaga nostalgia de todo un grupo social. En nuestra literatura criolla "el Mocho", el eterno alzado y el eterno proscrito, requiere un artista que lo interprete — no tanto por lo que en sí mismo valia sino por lo que en él puso el subconsciente colectivo— así como Valle Inclán hizo en España la novela y el poema del mito legitimista. Pero mientras los señores de provincia, el círculo de lectores de don Domingo Antonio Olavarría, siguen esperando y esperarán más de veinte años al infortunado "Mocho", nuevas masas rurales se alzan y mueven buscando su integración y fusión. Son, por ejemplo, las que seguirán a Cipriano Castro en 1899. En esta como traición de las palabras que debe debelar quien estudie nuestra historia criolla, Cipriano Castro llamó a su gran revuelta la "Restauracón", cuando en ella no se restauraba ningún régimen antiguo sino proseguía solamente aquel movimiento de desborde y subversión campesina que comenzara bajo la Federación. Eso sí, que en 1899, las facciones no venían del Llano sino de las montañas de los Andes.

Desde cierto punto de vista — y en el proceso de un país que económica, cultural y demográficamente había permanecido estacionario; donde la aventura de la guerra civil se ha-

bía convertido casi en una industria — esa época de nuestra historia es de crónico y obstinado desastre. El ruralismo desbocado y torpe fija el color bárbaro de un tiempo que es por excelencia el de los "jefes civiles", como han entrado en la imaginación y en el mito popular: el guapo aguardentoso y analfabeto, gallero, armado de látigo, puñal y revólver, que dispone como patrimonio privado de la "pesa", el juego y los "alambiques". (En la novela de Rómulo Gallegos el "jefe civil" tiene un secretario; aquel Mujiquita meloso y bachiller letrado, que pone en palabras esdrújulas y exuberantes "considerandos" los designios de su señor).

*
* *

Cabe pensar, sin embargo — y en un momento como el actual en que los venezolanos parecen estar dispuestos a rectificar su inmediato pasado; en que nuevas necesidades y progrsos técnicos cambian forzosamente aquel primitivo medio social; en que nos modernizamos y civilizamos a pesar de nosotros, porque la vida moderna nos llega en el avión, el trasatlántico, la creciente influencia de Europa y Estados Unidos—, cabe pensar si no hay algún saldo positivo en nuestra historia; algún valor o fuerza que nos sirva en el nuevo combate por nuestra nacionalidad. Se ha ido formando, a pesar de todo, un pueblo venezolano que cubrió

y borró en la guerra civil aquella separación rencorosa basada en la casta, el color y el prejuicio social, que hace ochenta años nos dividera en irreconciliables facciones. De todos los mitos políticos y sociales que han agitado al mundo moderno a partir de la Revolución Francesa, ninguno como el mito de la Igualdad conmovió y fascinó más a nuestro pueblo venezolano. Desde cierto punto de vista nuestro proceso histórico —a partir de la Independencia— es la lucha por la nivelación igualitaria. Igualdad más que Libertad. Para nuestra masa campesina y mestiza del siglo XIX el concepto de Libertad era mucho más abstracto que esta reivindicación concreta e inmediata de romper las fonteras de casta que trazara tan imperiosamente el régimen colonial. El impulso igualitario de los venezolanos empieza a gritar desde aquellos papeles de fines de la Colonia, en los que el criollo humillado manda a la Audiencia o al Capitán General su queja o lamento contra la soberbia mantuana. El valor personal o la audacia rompe con los grandes caudillos venidos del pueblo el marco de la vieja jerarquía basada en la sangre. La psicología criolla repudia en estas palabras vernáculas que dan mejor que cualquier expresión española el justo matiz del fenómeno, al que se "vitoqueó" o se "sintió chivato". "Vitoquearse" o "sentirse chivato", es quebrar es-

ta línea de llaneza que nuestro instinto popular venezolano pide a sus hombres. Y contra el solemne trato castellano que todavía subsiste en algún país de América —como Perú y Colombia— surgió entre nosotros el tuteo criollo, un poco brusco y francote, pero cargado de intención igualitaria. Psicológicamente, al menos, el venezolano ha logrado —como pocos pueblos de América— una homogeneidad democrática. Como nuestra historia se ganaba a punta de lanza y estaba llena de emboscada, aventura y sorpresa, no pudo formarse ni estratificarse aquí una aristocracia tan recelosa como la que en otros países hermanos fija y mantiene inexorables fronteras sociales. Quizás ninguna nación del Continente haya vivido como nosotros un más precoz y tumultuoso proceso de fusión. Y esto, cuando menos, ha ido contribuyendo a nuestra homogeneidad moral. No existen entre nosotros diferencias ni distancias que obturen e impidan toda comunicación entre el indio, el blanco, el mestizo. Fuera de algunos millares de aborígenes diseminados a la vera de los grandes ríos de nuestra floresta tropical, no hay entre nosotros ningún grupo de población de que nos separe profundamente el alma, el lenguaje, las costumbres. No tenemos multitudes indígenas que redimir. Y en el color de la piel que va del blanco al oscuro —sin que ello sea límite o sepa-

ración— cada venezolano ha fundido en sí mismo un complejo aporte étnico ya venezolanizado. Lo indio puro entre nosotros es Arqueología como lo negro puro tiende a ser Folklore. Sólo en muy circunscritas comarcas —como la costa de Barlovento—predomina un grupo racial aislado. Así el venezolano parece haber vencido ya —y esto es un signo histórico positivo— aquel complejo de humillación y resentimiento étnico y social que se mantiene de manera tan aguda y peligrosa en otras repúblicas americanas donde el proceso social fué más retardado y donde se siente aún el recelo y la desconfianza de las castas.

Todo esto es en la Venezuela de hoy un signo favorable. Porque, más allá de la demagogia y el rencor, pudiéramos iniciar la conquista y plena valorización técnica de nuestro país. Oponer al azar y la sorpresa de ayer, a la historia como aventura, una nueva historia sentida como plan y voluntad organizada. Hacer de esta igualdad criolla por la que el venezolano combatió y se desangró durante más de un siglo, la base moral de nuestra nueva historia. Esto es lo que yo llamaría la "tesis" venezolana; el saldo positivo que aún resta y debemos fortalecer conscientemente, después de la prueba tremenda que fué nuestra vida civil. Y en la comprensión de éste problema, en la manera como la nación librada de sus

tragedias y fantasmas puede ser creadora, radica el misterio alucinante de nuestro destino futuro. Materialmente tenemos el espacio, el territorio y hasta los recursos. Se impone ahora la voluntad humana.

Notas Sobre el Problema de Nuestra Cultura

Problemas y otros que no lo son

Confieso mi aversión por la palabra "problema", palabra asediante y a veces demasiado enigmática si no se le penetra bien, que al pronunciarla parece que se traga toda explicación y por ello es tan favorecida de quienes nada pueden explicar. Es palabra que se está escribiendo mucho en Venezuela desde hace cuatro años—es decir, desde el momento en que nos dejaron la lengua y la pluma sueltas—como si en ella hubiéramos metido todo lo que en nuestro concepto le falta al pais. Problema educacional, problema demográfico, problema sanitario. Nos circundan e invaden los problemas y desde las altas y grandes cosas necesarias la palabra desciende hasta las más pequeñas y contiguas. Pero a pesar de su frecuente uso y profano tráfico la palabra aún tiene que servir —a falta de otra— para entrar en el espeso misterio de algunas urgencias venezolanas que imponen que el sustantivo se es-

criba con letra mayúscula. Capitular y mayúsculo es, por ejemplo, entre nosotros, el problema educacional, al que le viene bien la trajinada palabra para distinguirla de otras cuestiones que son mucho menos problemáticas. Y aquí estaría bien un distingo, sutilmente dialéctico, entre los que llamaríamos los "verdaderos problemas" y otros que en la escala de valores nacionales podrían definirse con vocablos mucho más modestos. Si la cuestión educacional de nuestro país pudiera avocarse de una manera exclusivamente técnica; si se tratara sólo de cambiar métodos didácticos anticuados por otros modernos; si como lo creyeron algunos funcionarios se habría aclarado la incógnita haciendo penetrar a nuestras pobres escuelas los sistemas y los hallazgos de la Pedagogía de hoy, si el Estado hubiese cumplido su función cultural lanzando muchas más copiosas promociones de maestros y elevando cada día más el presupuesto de Instrucción Pública, el problema casi no sería problema. Se solucionaría como tantas otras necesidades del Estado que requieren dinero y criterio técnico para ser dominadas y resueltas. Catalogar o clasificar una Biblioteca u organizar un departamento de Estadística son, por ejemplo, cuestiones típicamente técnicas. El bibliotecario que clasifica los libros no puede pretender inventar en sus tarjetas una nueva división de las

ciencias y debe atenerse a una rutina bibliográfica ya internacional, si quiere ser eficiente en su tarea. Los yanquis, verbigracia, han creado unas cuantas pseudociencias formadas de consejos y observaciones muy prácticas, con rutinas que al observarse escrupulosamente son de suma utilidad. Las bibliotecas principales del mundo, hasta las historiadas y casi milenarias biblotecas europeas han adoptado, asi, los métodos de clasificación de la Biblioteconomia norteamericana. De la misma manera una oficina de Estadística establecida en Venezuela tiene que cumplir en sus diagramas y cuadros de datos un sistema que ya es universal. Pero el enigma de una cuestión como la educativa es que actuando sobre elementos mucho más diversificados y complejos, está más allá de la técnica, o la técnica es en ella solamente un procedimiento y de ninguna manera un fin exclusivo. Por eso, porque rebalsa los límites de una técnica, porque en ella se entremezclan lo social y lo político con lo puramente pedagógico; porque individuo y sociedad plantean en esta cuestión sus solicitaciones y reclamos, reservamos para la Educación el denso sentido que se encierra en la palabra problema. Este sí que es un problema y uno de los más serios y delicados que debe afrontar un país en trance de recuperarse, como el nuestro.

Al adentrarnos en la palabra "Problema"

y al escarmenar su apretado ovillo ideológico encontramos otros vocablos contiguos y también extraordinariamente complejos, de los que ciertos hombres simplistas y prácticos se defienden, temerosamente, como por ejemplo, la palabra "Filosofía". Y justamente la circunstancia especifica de que vienen cargados de Filosofía es lo que distingue los problemas de otras cuestiones, que si urgentes, son de una solución más fácil. Pero el hombre práctico que rehuye lo puramente teórico nos argüirá que se filosofa para algo, y concediéndole en este caso razón, ya que educar es actuar más que contemplar, descubriríamos en la vecindad otra palabra que emplearíamos con su originario y noble sentido aristotélico, como la palabra "Política". "Filosofía" y "Política" son dos expresiones-brújulas que nos guiarán entre otras, en una breve exploración por nuestro problema educativo. Y tendremos que luchar contra el común prejuicio que los limitados y los practicistas sienten contra estas dos palabras. Como ya en el lejano tiempo de Erasmo, no es el completo desconocimiento, lo que podría llamarse el "analfabetismo virginal", lo que entraba y dificulta la discusión de un problema de cultura, sino más bien lo que en el idoma paradójico del gran humanista se denominara la "docta ignorancia".

Un poco de Historia

En su sentido más lato, la Educación es entre nosotros embrollado problema porque nunca tuvimos un criterio filosófico, es decir, integral, para apreciarlo. Aquí como en todas las cosas prevaleció la improvisación y el humor, la pequeña receta superficial. Un estado privatista sin idea nacional alguna, como fué nuestra pobre Venezuela durante un largo trecho de su Historia contemporánea, no pudo sino dar soluciones caprichosas y descoyuntadas. La "Instrucción Pública" se apreciaba, sobre todo, como uno de los tantos Capítulos repartibles del Presupuesto. Y Ministros inteligentes que llegaban a aquel servicio, nada podían hacer contra una dolencia profunda que no era tan sóla de la Educación sino de todo nuestro organismo histórico. Si acaso, se lograba mejorar un poco la técnica, la calidad de los maestros, pero no era posible penetrar hasta la entrañable raíz del problema. Aquellos hombres inteligentes, por lo demás, nunca entraron a las funciones del Estado como equipo, expresando una teoría política, un programa de fija y definida estructura, sino como servidores individuales. En la incoherencia mental de los Gabinetes, Ministerios de "amigos" y nunca expresión de partidos u opiniones organizadas, naufragaban por contemporización o incomprensión general, los propósitos

mejores. Puede esto servir de disculpa o quizás de reproche, desde el ángulo en que se mire, a la participación de algunos destacados intelectuales venezolanos en las tareas del Gobierno. No había tampoco para auxiliarlos, para "cubrir su retaguardia", fuertes organismos morales, opinión pública que tuviera voluntad y forma. Por lo demás, muy característico de nuestro altanero individualismo venezolano es que el alto y pequeño funcionario se aisla orgullosamente en su función y prefiere mandar antes que deliberar y escuchar. Aquella sentencia criolla, violenta y fatalista a la vez, de que "jefe es jefe" no sólo regía para nuestros caudillos y caciques, sino también para los intelectuales.

Contra la unidad nacional que hubiera podido convertirse en unidad y vertebración de la función educativa, conspiraban una serie de causas como el propio sistema federal con su caciquismo aldeano, con su régimen de escuelas y colegios estadales y municipales no controlados ni supervisados por el Ministerio y que eran una de las tantas prebendas de que disponían los "jefes". En los Estados de la Unión éstas escuelas y colegios eran las pequeñas dádivas que se ofrecían a las "señoritas decentes y vergonzantes" y los pequeños empleos para los pequeños amigos de la causa o en el mejor de los casos para ocupar a algún

"bachiller calígrafo" que no alcanzaba apostura de Jefe Civil. La idea de "Causa" —"Causa de la Regeneración Liberal"— de la "Restauración" y de la "Rehabilitación"— era la más opuesta y antagónica a la de unidad nacional. Concretamente la "causa", a pesar de su motivación abstracta, era la clientela particular del caudillo. Se estaba con la "causa" o "contra la causa" lo que quería decir en otra de esas pintorescas fórmulas retóricas que usaron nuestros despotismos que se era "buen" o "mal" hijo de la Patria. Y en la constitución práctica y efectiva de los "jefes" mucho más eficaz que las constituciones de papel que hacían los doctores, esta peligrosa calificación moral sin términos medios ni matices, daba o privaba de los derechos políticos. Un país inexorablemente dividido en "buenos" y "malos", en "amigos" y "enemigos" de la causa, no puede aspirar a una conciencia y un destino espiritual común. Evadiéndose del presente —tan amargo—los venezolanos se habían convertido en los Narcisos de su tradición histórica. Porque el genio de Bolívar fué tan grande y la voluntad de los venezolanos recorrió en cruzada de Independencia entre 1810 y 1830 casi toda la América del Sur, nos habíamos detenido en el pasado, embalsamándolo. Como Folklore o fábula lejana, en borrachera épica, en procesión abigarrada, en gallardete retórico de papel pica-

do, sentimos los venezolanos nuestra historia. Los fastos y las batallas de entonces, las cenizas de los héroes, la genealogía heróica —y cada venezolano tiene por lo menos un abuelo que peleó en Carabobo, en Boyacá, o en el Alto Perú— no nos permitieron advertir estas cenizas más próximas que estaba amontonando nuestra imprevisión. Y en actitud de panteoneros en quienes el pasado no sigue sino se congeló y se guarda como rito funerario, nos ha sorprendido el tiempo. Por eso tenemos tanta historia épica y tan poca Historia social; por eso faltan en la mentalidad venezolana que compone discursos y ama las palabras brillantes la noción de lo concreto. La herencia de la educación colonial española, educación de palabras más que de cosas, educación que tras de los claustros del siglo XVII parecía amurallarse contra la Naturaleza; educación que ya había procesado Miguel José Sanz en la aurora de nuestra revolución de Independencia, vino a complicarse con la retórica delirante que nos cerraba un contacto más directo con nuestro medio físico y moral. Nuestro atrasado sistema educativo prolongó hasta hoy lo que llamaríamos el periodo fraseológico de la cultura venezolana: la palabra divorciada del hecho, suelta y autónoma en su vaga sonoridad. Y se impone por ello a las generaciones nuevas que quieran comprender y definir su país, en-

trar en él como derribando un inmenso muro de frases: frases de los discursos académicos, de los documentos oficiales que tan frecuentemente se escribían en la más bizantina de las prosas; frases de los partidos y los grupos políticos de ayer cuyos apetitos y pasiones se enredaban en las más culteranas fórmulas.

Si el Estado venezolano honraba a su manera a los héroes y atendía a las cuestiones momentáneas con expedientes en que a veces se combinaban la violencia y la retórica, o en que la retórica era la forma pseudo-legal de la violencia, careció de toda noción de futuro. Desaparecidas aquellas primera y segunda generación de estadistas con que se formó la República; barbarizada ésta durante la época de las guerras civiles, destruídas y desorganizadas aquellas pequeñas "élites" intelectuales que en los primeros lustros de nuestra vida republicana habían formado las "Sociedades de amigos del país" y animaron una libre prensa de ideas, la política criolla ya sólo marchó resolviendo las urgencias de la semana y completamente sujeta a la órbita del Poder Ejecutivo. Por eso un problema como el de la Educación, problema que mira al futuro, tenía que resultarle ajeno. En términos generales que pueda corroborar quien estudie los últimos ochenta años de nuestra Historia venezolana, podemos decir que los únicos asuntos que preparó y combinó

sutilmente la política autóctona fueron las reformas constitucionales que permitían prolongar el mando de los caudillos y satisfacer sus intereses privados o los de su círculo; las "aclamaciones" que daban un fausto de luces de bengala y de pirotecnia oratoria a los gogiernos que ya fastidiaban mucho, o las "conjuras" —que como las que se organizaran contra Guzmán y contra Castro— salían de los propios grupos de Palacio. En el juego de argucias de los abogados y el concreto apetito de los déspotas, se retardaba toda cuestión verdaderamente nacional. Comparado con el proceso histórico-político de otras naciones latinoamericanas el desarrollo venezolano arroja el siguiente saldo en contra: Chile por ejemplo, comenzó a organizar sus escuelas primarias y sus institutos de enseñanza normal en 1844 bajo el famoso Ministro Don Manuel Montt y con la genial colaboración de Sarmiento; la organización de sus Liceos y la enseñanza Secundaria femenina en 1879; la formación de su profesorado secundario con estudios especiales en la Universidad en 1888; Argentina que hacia 1860 tenía menos población que nuestro país empezó valerosamente a afrontar su problema demográfico desde 1868; Bolivia, la mediterránea Bolivia, trató de modernizar y unificar sus sistemas educativos desde 1912. Y a pesar de nuestra aparente modernidad y nues-

tra riqueza, hay problemas que ahora se nos plantean como los de Argentina en 1868 o los de Bolivia en 1912.

Tres pensadores venezolanos

Venezuela, donde siempre se dió vigorosa la planta-hombre, ha producido tres entre los más grandes pensadores y filósofos de la Educación que pueda ofrecer la América Latina. Fueron estos hombres sobre cuyas ideas conviene meditar porque nos aportan más actualidad que la que superficialmente podría creerse, Don Simón Rodríguez, Don Andrés Bello y Don Cecilio Acosta. Especie de Rousseau americano, con análogo instinto nómade, genial y destempladamente loco, menos poeta pero inconmensurablemente más hombre que el gran ginebrino, Don Simón Rodríguez en su prosa laberíntica donde se revuelven entre los últimos restos del escolasticismo colonial español algunas de las grandes intuiciones de la época romántica, es por la personalidad y por la doctrina que diseminó en un itinerario intelectual tan vasto como el itinerario de Bolívar en la guerra y en la política, uno de los grandes videntes que ha tenido el problema educacional americano. Vidente hasta en aquella tendencia a la exageración, la caricatura y la disparada extravagancia de su enseñanza, como para que

en choque violento se grabara más. Ciudadano imposible y casi exasperante, pésimo maestro de escuela cuando no tenía un discípulo de la talla del Libertador, Don Simón Rodríguez vale por dos o tres ideas que en manos de un estadista sensato que neutralizara la explosiva locura en que venían envueltas, hubieran inspirado para su época en la América Latina, un sistema educativo auténticamente valioso. Para su tiempo y en el ambiente de aquellas colonias españolas que salían del espíritu medioeval en que las mantuviera España, es nuestro Don Simón Rodríguez el más revolucionario y el más americano de los pensadores. Esos breves escritos suyos donde asoma entre desconcertantes apotegmas una sonrisa socrática, marcan una aspiración educativa que quiere arraigarse en la tierra nuestra. "Más que de los asirios o de los caldeos ocupémonos de nosotros, los americanos", enseñaba Don Simón. Y como la educación española había sido la de la letra muerta y del libro viejo ausente de toda realidad vital, Don Simón aconsejaba la terapéutica del viaje a pié, de la naturaleza contemplada directamente. Singularísima debió ser aquella escuela de Valparaíso donde en el extremo austral de sus andanzas allá por 1830 y tantos, y con métodos que antecedían a la Pedagogía de hoy pero que entonces resultaban de desconcertante excentricidad,

Don Simón hablaba de sus viajes y experiencias, y al tratar de las ciencias de la vida para que los alumnos conocieran la portentosa máquina del cuerpo humano no en una vana descripción sino en su escueta realidad, Don Simón —tan flaco como Don Quijote— se quitaba la ropa y se convertía en viviente lección anatómica. Al prudente Don Andrés Bello le fueron a decir algunos padres de familia que en la escuela de su compatriota todo se resolvía en saltos y ejercicios gimnásticos, en hablar de los Incas que para un muchacho de América según la cantinela de Don Simón debían ser más importantes que los egipcios y los asirios; en recoger yerbas y salir a vagar por los cerros del puerto y en contar cuentos en los que a veces el extraño maestro sufría la traición de su descosido leguaje. Más que las Gramáticas de la época y la Geografía con sus listas de golfos y de gobiernos, le interesaba a Don Simón lo que el ojo puede ver, la mano palpar y el hombre formar dentro de sí mismo. Y machacaba la etimología de una palabra, su mundo de ideas afines, su proceso histórico, para exprimirle vida. En cuanto a la Geografía de Europa y Amérca animada de llanuras, valles y torrentes, Don Simón la había aprendido a pié con sus grandes botas de caminador, que es la mejor manera de aprender Geografía.

Justamente en la casa de Don Andrés Be-

llo que en el fondo lo comprendía pero cuyo armonioso equilibrio no podía sino defenderse de todo lo inusitado, recóndito y demoníaco que había en aquel Quijote-pedagogo, hizo Don Simón Rodríguez su última estación chilena. Y pués, había asustado a los padres de familia y ya no podrá más ganarse la vida como maestro de escuela, se va de nuevo al Perú donde terminará sus días, vecino de una aldea costera y en el oficio de fabricante y vendedor de velas. Puesto que estamos en el siglo XIX— decía Don Simón— esta es una de las tantas maneras de crear y repartir luces. En la Pedagogía de Don Simón se revolvían los más curiosos fermentos revolucionarios; en su otro gran interlocutor encontrado en Chile, Don Andrés Bello, se presentaba lo contrario: un orden intelectual que trata de canalizar las reformas.

Siendo uno de los hombres de mayor dimensión que dió nuestra República, nosotros no conocemos a Don Andrés Bello sino a través del muro aislador de sus gramáticas y de sus odas neoclásicas donde dejó, fuera de uno que otro cuadrito delicioso, mucho de aquella divagación erudita —y por lo tanto muy poco poética— cuyo modelo había dado el aburridísimo Delille de "Los Jardines". Sin atreverse a decirlo, muchos venezolanos que no lo estudiaron, consideran a Don Andrés como el pri-

mero y más notable de aquellos "académicos correspondientes" que en nuestra América tuvieron el monopolio de los versos tediosos; los que cantaban a la vacuna, a la lengua castellana, al cultivo del trigo o del maíz o al progreso del siglo XIX (todo con letra mayúscula). Pero aún mirado desde este solo aspecto, Don Andrés no fué comprendido por sus fríos continuadores académicos si exceptuamos un Miguel Antonio Caro, en Colombia, que se le puede equiparar por su armoniosa sensibilidad y fineza crítica. La Gramática de Bello tuvo en el momento en que apareció, el valor de un pronunciamiento rebelde. Precisamente contra el prejuicio purista, contra la regla convencional, contra los muertos cánones que oprimían el idioma, fué Don Andrés uno de los primeros hombres que aplicó al Castellano los métodos de la ciencia lingüística; que lo sintió no como campo cercado, lleno de límites y fronteras sino como proceso dinámico. El no era un preceptista más que quisiera codificar el Español y erizarlo de reglas, sino trataba de explicarlo. Acaso desde el lejano tiempo de Juna de Valdés ningún otro se había detenido en el idioma como ante un tema de reflexión filosófica. Y no fué culpa de Bello que muchos dómines mediocres se asiesen a su Gramática como a una materia inmutable, cuando ella sólo quería revelar —y muy ejemplarmente—

un momento y una actitud de la ciencia lingüística del siglo XIX. Pero más allá del lingüista, del autor de odas, del intérprete de los broncos versos de la Epopeya castellana, del jurisconsulto y del internacionalista que todo lo fué Bello— hubo su personalidad de educador, de jefe intelectual en el más alto sentido. Todavía los venezolanos nos dolemos de haber perdido a Bello cuya capacidad de primer Gran Ministro de la Cultura fué a enriquecer y servir a la República de Chile. Y precisamente tocó en suerte a este comedido e inteligentísimo caraqueño la magnífica tarea de ser uno de los fundadores espirituales de la entonces alboreante nación chilena. Se calumnia a Bello cuando se le describe —como lo ha hecho cierta crítica superficial— como el escribano y el alto preceptor al servicio de los "pelucones" chilenos de 1830 que con su bravo jefe Portales habían destruido todo romanticismo libertario, y se aprestaban férreamente unidos en sus clanes familiares, en la paz de sus grandes haciendas, con la servidumbre sumisa y analfabeta, a asentar su dura ley, su poder de clase durante largos lustros. Bello no era apóstol inflamado sino sensato realizador. Si le toca en su iniciación chilena aquella sociedad de grandes propietarios que después de la guerra civil de 1830 se había convertido en Gobierno y no ya el círculo liberal y europeizante de Don

Francisco Antonio Pinto, los "pipiolos" románticos que le habían convidado, Bello no se quiebra la cabeza por éllo ni se pone a sacrificar a lo desesperado e imposible. Con admirable cortesia de huésped logra, poco a poco, imprimir un alto tono jurídico y un espíritu de ecuánime progresismo a cuanta institución — Relaciones Exteriores, Código Civil, Universidad— impregna de su personalidad ordenadora. Un poco por la influencia de Bello, especie de Ministro sin cartera durante treinta y cinco años de la Historia chilena, Chile adquiere estilo entre otras naciones latino-americanas que se debatían entonces entre regímenes personalistas y violentas dictaduras. Y justamente de los discípulos de Bello surge aquella inquieta promoción liberal que allá por el año 42 empieza a batir su impetuoso rebato de reformas. En el terreno de la Cultura nadie en la América de aquel tiempo había realizado una labor equiparable; desde el idioma hasta el Derecho pasando por la Historia que bajo la influencia del maestro venezolano se trueca en seria disciplina documental, todo ha sido ordenado y mirado con pupila nueva en aquel laborioso círculo universitario que Bello preside desde 1843. Contra el espíritu colonial o sea el extremo conservantismo, y contra la demagogia estridente o sea la ruta para los despotismos militares en la América de entonces, él trae un

mensaje de evolución cultural, programada y concreta. Lo rodean en su tarea universitaria un grupo de sabios cuyo trabajo coincidía con el que Bello trazara para América desde las páginas londinenses de su "Repertorio": un geógrafo y explorador como Claudio Gay; un naturalista como Domeyko. Junto a ellos un juvenil equipo de investigadores a quienes Bello sabe apartar a tiempo de la tendencia criolla al discurso y la declamación, para que se pusieran a estudiar su tierra en los papeles de los archivos, en el análisis directo de las instituciones y costumbres. "Antes de interpretar documentarse" era la fórmula con que Bello quería calmar el ímpetu de su discípulo Lastarria.

Y a los muchachos que le piden temas para doctorarse y llegar a las facultades de la Universidad, Bello les impone que no copien de otros libros sino que trabajen la materia nueva que se guarda en los documentos o en la observación de la naturaleza. Las directivas intelectuales de Bello dan de este modo a Chile —antes que la tuvieran otros países americanos— una literatura histórica, un molde jurídico, un sistema universitario, un ordenamiento sistemático de la tradición nacional. Hay un Bello desconocido —y el más admirable—que es el que durante seis lustros de su gloriosa edad madura que se podría comparar por la

armonía vital con la de Goethe, labora con su consejo y equilibrio en la fundamentación espiritual de un pueblo. Cuando otro hombre de América, Domingo Faustino Sarmiento, llega a Chile agrediendo y peleando con un toro bravo de sus pampas, lanzando su cruzada por la escuela primaria y la educación común, ella ya es posible porque con Bello se ha formado el fuerte equipo conductor que echaría las bases de una cultura democrática. Que al Estado nunca le falte este grupo dirigente que comprenda las necesidades de su tiempo, de amplia mirada universal, fué una idea y un propósito cumplido por el gran venezolano. Y contra la improvisación y la abundancia caótica en que se suele mover el alma del criollo de América, él fué una personalidad diáfana y escrupulosamente ordenadora. Simbólicamente su pluma escribió para la República de Chile un Código, una Constitución, una Gramática las tres creaciones normativas que requiere una sociedad para vivir en ecuánime convivencia, para pensar bien, para fijar las fronteras jurídicas y morales del individuo y del Estado.

Por el mismo tiempo en que Bello, largo ya de honores y de años, concluía en Chile su trayectoria fecunda, otro gran maestro venezolano, Cecilio Acosta, soñaba para nuestro país un sistema de educación que de pueblo atrasado y perezoso, contra la corriente del tiempo, nos

pusiera en las rutas del mundo moderno. El pequeño trabajo de Acosta "Cosas sabidas y cosas por saberse" contiene en su estilo condensado algunas de las verdades de más bulto que se hayan escrito en nuestro país. Tal ha sido nuestro atraso que esas palabras de Acosta rigen hoy y tienen la misma frescura que en aquel año lejano de 1856 en que fueron escritas. Acosta mira con alarma este contraste del continente americano entre una América sajona, creciente y audaz que está aprovechando y desarrollando a mayor escala la técnica europea para poblar su desierto, y la otra América soñadora y morena que vive en la "erudición del pergamino", "las trabas del peripato", "el casuitismo". Una América se preocupa de lo "que es", mientras nosotros permanecemos absortos ante lo que "fué". Contra el espíritu colonial hecho palabra muerta, fórmula o reglamento complicado, erudición barroca que se aisla de la realidad social, lanza Cecilio Acosta su ardiente homilía. Que el mundo cambia es lo que él se propone enseñar y repetir a sus graves colegas de la Universidad: "si el mundo truena y muge como una tormenta, con el torbellino del trabajo, si los canales de la riqueza rebosan en artefactos, si todos los hombres tienen derecho, por qué no se desaristoteliza la enseñanza?". Y a los que siempre esperan la lenta evolución del organismo social, el cur-

so natural de las cosas, Acosta les enseña esa nueva dimensión moderna de la rapidez. La época que inventó el ferrocarril ya no puede marchar como en el siglo que viajaba en diligencia: "En otro tiempo había lentitud en la propagación de las ideas; decíase hablando del progreso de las naciones que para ellas los siglos eran días. Hoy un día que corre es un siglo que pasa". La idea de democracia se confunde en Acosta con la de Educación: "Enséñese lo que se entienda, enséñese lo que sea útil, enséñese a todos. Los medios de ilustración no deben amontonarse como las nubes, para que estén en altas esferas, sino que deben bajar como la lluvia a humedecer todos los campos".

Don Simón Rodríguez, Don Andrés Bello, Don Cecilio Acosta, desde distintos puntos de mira estos tres grandes pensadores de Venezuela habían intuído y sistematizado algunos de los aspectos más singulares de nuestro problema educativo indo-americano. El naturalismo de Don Simón Rodríguez, de raigambre rousseaniana y romántica en que se reconocerían muchas aspiraciones de la escuela de hoy, no tiene por qué oponerse a aquella alta educación normativa, a aquel grupo ductor que según Don Andrés Bello debería llevar al pueblo los progresos sociales ni al propósito de Acosta de incorporar al concepto tradicional

de "cultura" la realidad técnica del mundo contemporáneo. Pero el pensamiento de ninguno de los tres logró influir ni imprimir una directiva filosófica en este siempre improvisado e informe organismo que ha sido nuestra Educación Pública; miscelánea de asignaturas y reglamentos donde lo burocrático ahogó siempre lo creativo, donde el papel con timbre del Estado fué más eficiente que cualquier idea, donde por existir muchas cosas faltó lo esencial: una finalidad, un determinado propósito. Porque marchamos siempre a ciegas; soportando la circunstancia más bien que previéndola, siguiendo el humor y el capricho del momento, confiados en que en el minuto necesario nos ayudaría el "pálpito". Todavía para muchos venezolanos la política es una cosa mágica e imprevisible; es suerte, azar, fatalidad. No en balde somos por excelencia un pueblo de vendedores y compradores de boletos de lotería. Antes que el plan y el trabajo metódico cada venezolano se entrega a su musa o a su demonio que en el instante crítico le inspirará una solución que pueda cambiar tanto como la del matador frente a los cuernos del toro.

Sin embargo...

Sin embargo desde hace cuatro años ha pe-

netrado en nuestro país al romperse con la dictadura gomecista aquel muro de silencio y mentira que gravitaba sobre la vida nacional, una profunda emoción educativa. Descubrimos millares de analfabetos; falta de técnicas que nos ayuden en la valorización y aprovechamiento de nuestro desocupado territorio, cultura política no sólo en las grandes masas a quienes guia el instinto vital más que la inteligencia ordenaroda, sino también en aquellos grupos en quienes la sociedad delegaba sus funciones más responsables. A ninguna nación latino-americana como la nuestra —porque estuvo sumida muchos años en una catalepsia histórica— se le presentaba la tarea de recuperar con rapidez y voluntad actuante un inmenso tiempo perdido. Cuestiones que ya otros pueblos habian resuelto en el siglo XIX se mezclaban entre nosotros con urgencias modernísimas. En nuestro problema político hay una angustiosa doble faz; un anverso y un reverso que no es sino el necesario ajuste y equilibrio entre la cuestión interior de amoblar la casa, ordenarla, hacerla más adecuada a las exigencias de hoy, y la cuestión exterior que no puede ser ajena a ningún pueblo sobre todo cuando es potencialmente rico pero políticamente débil, y está en los peligrosos caminos de choque de la economía mundial y de las nuevas luchas de predominio imperialista que ahora se proyectan

sobre el horizonte histórico. Porque hay que quitar —a quienes todavía la tienen— la falsa ilusión de que Venezuela como las demás repúblicas suramericanas puedan ser países aislados, separados de mundo exterior tras sus peculiares regímenes de gobierno y de sus economías atrasadas, como fué el sueño de más de un voluntarioso caudillo criollo. Esta preparación y comprensión de lo que ha de venir, este sentimiento de que ya no podremos permanecer separados de los conflictos mundiales, debe ser en nosotros conciencia profunda, planeamiento del futuro para que éste no nos desconcierte y sorprenda. En un mundo voraz y violento como el presente, ya hay poco lugar para los países débiles que o se fortalecen material o moralmente y de esta manera aseguren su autonomía, o rebotan como balones ciegos en la inexorable lucha de los fuertes. De que haya entre nosotros una segura, potente y comprensiva generación de hombres dispuestos a marchar, a equipar el país, a resolver en días lo que antes se hizo en años; hombres sin pequeñas ilusiones porque tienen la exclusiva y casi trágica ilusión de su deber histórico, depende nuestro destino nacional. Y que no se crea que las fórmulas de 1890 puedan servirnos hoy. Ninguno de aquellos tiempos prósperos y seguros —tiempos de un capitalismo bien comido, de crecimiento feliz de

las grandes naciones, de ingenioso juego diplomático y de pulidas reglas de Derecho Internacional— puede compararse con el hervor patético de nuestra Historia presente. Y es en la realidad de ahora aunque nos parezca brutal, y no en los sistemas de ayer aunque nostálgicamente los sintamos más hermosos, donde debemos buscar nuestras soluciones.

En relación con éllo fijamos el ineludible interés político de una Educación Nacional adecuada a esta seria hora de trance. (Y hay que evitar el candoroso e infantil temor que algunos sienten contra la palabra "Política" confundiéndola con las pequeñas trapacerías que en nuestro país se disfrazaron bajo tal nombre). La política es —o debe aspirar— a una ordenación y descubrimiento del destino nacional. En toda alta política se hace práctica una concepción filosófica del mundo. Esta es la atingencia y relación que existe entre las palabras "Filosofía", "Política", "Educación". Esto nos explica que no puede existir una auténtica Educación sin base filosófica ni fin político. Quienes pretenden recluir la Educación en los límites del individuo sin llegar al Estado, olvidan este imperativo social que a través de la Historia marcó todo sistema educativo; Esparta preparaba sus ciudadanos y soldados, como Atenas los gimnastas y oradores de sus asambleas, como la milenaria China sus fun-

cionarios públicos y como los jesuítas del siglo XVII, ansiosos de poder, se encargaban de los príncipes y de la nobleza dirigente de los países católicos.

Si al penetrar en la Escuela nueva los métodos de la Psicología y la Pedagogía de hoy, se atiende sobre todo, y muy laudablemente, a los factores individuales —edad, temperamento, vocación y aptitudes, desarrollo biológico y formación de hábitos— la tarea educativa del Estado no termina en aquella función pedagógica de formar el individuo física y moralmente fuerte. Más allá del individuo adiestrado y hábil empieza el fin social y político de toda Educación. El Estado educa para algo; quiere utilizar colectivamente la educación suministrada, acentuar en ella ciertos valores, necesidades, tradiciones o formas que considera más cónsonas con su organismo histórico. Así, por ejemplo, en países formados y de conciencia nacional clara, distinguimos en cuanto cargan el acento sobre determinados valores sociales o tradicionales, una educación inglesa o francesa que no puede sino aspirar a la conservación o la formación de determinado arquetipo humano.

Distinto se presenta el problema en países como los latino-americanos — países en aluvional proceso de formación— donde la cultu-

ra ha sido como una masa informe de noticias, conocimientos y sugerencias venidas de todas partes y no sometidas a una disciplina o sistema coherente. El destino nacional se pierde entre lo contradictorio y confuso; una Cultura de impresiones y retazos no soldados y flotantes en nuestra realidad histórica, extravía más que dirige al alma venezolana, en la búsqueda y la comprensión de sus propios fines.

Una voluntad nacional

En el de la educación como en los demás problemas orgánicos de nuestro país, se requiere pues, sobre todo, y tanto como las reformas pedagógicas que ahora empiezan a hacer más humanas y habitables nuestras Escuelas y nuestros Liceos, una voluntad nacional que descubra y fije los fines. No se educa por educar, ni como pensaba Rousseau para que surga el perfecto individuo aislado, el soñador y delicadísimo Emilio que se propone descubrir en sí mismo todas las experiencias de la especie humana. La época no deja tiempo para ello. Pero también es cierto que toda auténtica Educación como toda auténtica Cultura sólo tiene valor en cuanto se elabora en las profundidades del ser; en cuanto surge como voluntad y necesidad interna más que como mecánica imitación de lo que viene de fuera. Su carácter foráneo, inadaptado, es el mayor

obstáculo que pesa sobre nuestro régimen educativo. Pensemos en lo que es Venezuela y en lo que es nuestra Educación y se acentuará el trágico contraste. A ella —como Edipo a la esfinge— podemos formularle las más desconcertantes preguntas.

Siendo en grado principal, Naturaleza, es precisamente el paisaje y el medio físico de nuestro país lo que menos se ha incorporado y menos dice en nuestros librescos programas escolares. Porque sólo la ha mirado a través de libros y discursos, hay que poner al hombre venezolano frente a su tierra no sólo en cuanto ella puede ser conflictivo problema, sino también como emoción y goce estético. En un paisaje que a pesar de su potente hermosura se le antoja a ratos inhumano porque él no ha hecho nada para sentirlo con mayor confianza y dominio, el hombre de nuestro país todavía no sabe querer ni aprovechar su tierra con esa seguridad laboriosa y sencilla con que la masa campesina europea afirma y sostiene la tradición del terral materno. Desde la educación del campesino nuestro que vive en la noche de la Economía y de la Cultura, el campesino víctima del mal alcohol de la pulpería, del gamonal, del yerbatero y del brujo, hasta la educación del señorito urbano que prefiere ser oficinista o eterno pensionado del fisco, esta voluntad que nos impone nuestra propia natu-

raleza debe imprimirse como una ineludible urgencia, en nuestros sistemas didácticos. Sólo existiendo ella surgirá en el hombre venezolano el apetito geográfico de domar y vencer nuestro desolado e inmenso territorio; sólo de esta manera se resolverá el trágico contraste entre la ciudad que con sus automóviles y teatros pretende ser moderna y el duro campo cerril sumido en la prehistoria. Sólo, por ello, la potencial riqueza nuestra que se esconde en los bosques del Caroní, entre torrenteras y cataratas —que nos son tan desconocidas como en el tiempo de Lope de Aguirre— se trocará en riqueza mensurable, palpada y ceñida por la mano. Civilización del ancho camino vecinal uniendo pueblos y tierras prósperas; civilización de la huerta, del arbolado, del agua limpia, de la granja y la escuela aldeana es la que requerimos y anhelamos más que el hacimiento mecánico y el estuco pretencioso de que se reviste la gran ciudad. Comarcas que tengan vida propia, donde el hombre no sienta la desesperación de fugarse porque la tierra, la casa, el huerto, el paisaje que amansó e hizo suyo, arraigan en las más recónditas fibras del alma. Ahora educamos para que el venezolano alegue en los tribunales o persiga un puesto público, pero no para que su mano trace huella duradera sobre esta tela vacía, sobre este enorme campo eriazo que ha sido nuestro país.

Y hasta el problema económico de producir mejor y más copiosa y racionalmente, es por ésto un problema del espíritu venezolano. Nuestra agricultura es tosca y rutinaria como el alma rural que la produce. Y nada hacemos reemplazando con el tractor o el arado mecánico los viejos implementos agrícolas si no se transforma fundamentalmente la deprimida existencia material y moral de nuestra masa campesina. En Venezuela ello es una cuestión excepcionalmente grave no sólo por el analfabetismo, la desnutrición, el atraso técnico, la miserable vivienda y los flagelos endémicos que pesan sobre la población agraria sino por el éxodo y el abandono destructor que desde los dos últimos lustros ha comenzado trágicamente en nuestros campos. Las industrias extractivas del subsuelo que han alcanzado con técnicas y capitales extranjeros un desarrollo vertiginoso en los últimos diez años, están produciendo en Venezuela un trastorno social semejante al que ocurriera en la Inglaterra de los primeros lustros del siglo XIX cuando el nacimiento de la economía industrial atraía y hacinaba en las ciudades nuevas cubiertas de humo, en miserables barriadas proletarias, una masa rural que había perdido su sano contacto con la tierra. Por eso la repoblación del campo y la defensa biológica y adiestramiento educativo de nuestras decadentes masas rura-

les, pesa como uno de los problemas más inmediatos de la vida venezolana de hoy. Por eso en cuanto debe mirar y afrontar urgencias venezolanas que no están todas escritas en las teorías y los libros pedagógicos que vienen de fuera, nuestra cuestión educativa debe buscar y vertebrarse con otras cuestiones que como la económica y social la amplían y la completan. Por sobre todo problema particular hay en la ansiosa Venezuela de estos días un problema de coherencia. No trabajamos en sectores aislados; no podemos actuar en la materia doliente de nuestro país como quien pone una venda en el brazo herido o aplica un masaje sobre la pierna lastimada. Hay una cuestión más profunda de Fisiología social. No se trata de mejorar órganos enfermos sino de llegar a la profundidad y la integridad de nuestro organismo. Sólo por medio de una disciplinada acción coherente, con una pupila como la del médico que más allá del órgano busca el organismo, que relaciona causas y síntomas podremos descubrir y establecer la terapéutica eficaz para esta dolencia nacional que nuestra ceguedad y desidia abandonó tan prolongadamente. Toda solución técnica, toda reforma que se haga en la Educación o en la economía, debe orientarse hacia un predominante fin nacional. No educamos sólo con un propósito individualista; educamos para que la nación utilice y recobre

en energía humana, en inteligencia creadora, en esfuerzo técnico lo que ella gastó y diseminó en su empresa educativa. No nos interesa, por ejemplo, la Cultura que sirve tan sólo como el aditamento decorativo de una clase "snob"; la Cultura para conversar en el club o para tomar el té, a la manera londinense, entre mujeres exquisitas; la única Cultura egocéntrica, narcisista, inútil y culpable a que aspiró durante mucho tiempo una sociedad decadente y ociosa. No queremos tampoco un país poblado de solitarios inmersos en la contemplación de su "yo"; Hamlets pálidos que se pasean y divagan entre su inventado paisaje de sombras. Estamos en trance y necesidad de hacer una nación, es decir de darle un destino y una aspiración común a estos dispersos hombres que desde el Orinoco hasta Los Andes tratan de humanizar su inmenso y agobiante paisaje; navegan en las curiaras, lacean toros, cazan caimanes, trepan con sus recuas de mulas y sus puntas de ganado hasta los altos contrafuertes de la Cordillera. Sienten el calor de Calabozo y el frío polar de Mucuchies. En una Educación nacional, el oficio y la actividad del hombre venezolano, el territorio y el clima, el dominio y comprensión de las cosas circundantes tienen tanta o mayor importancia que aquellas listas de reyes, de lagos, de golfos, provincias o figuras retóricas

que memorizábamos en los bancos de nuestras escuelas secundarias creyendo que adquiríamos Cultura. A la falsa pretensión universalista de nuestra enseñanza, al programa-catálogo, debemos reemplazarla por otra sentida como actividad y creación. No son hombres de memoria amoblada, de esos que nos recitaban los fastos de la Historia Universal en pomposos discursos —en aquella época en que el discurso altisonante era casi la única manifestación del intelecto nacional—; no son retóricos que sacuden los vanos bejucos de su palabrería los que han de ayudarnos y guiarnos en la gran exploración y organización de nuestra decaida nacionalidad. Requerimos las inteligencias lúcidas que reaccionen ante su tiempo y lo comprendan; que sepan mirar sin prejuicio cada circunstancia original, que tengan esa doble actitud para la creación y para la lucha en que se ejemplariza y hace magnifica la profesión de hombre. Lo peor que podria ocurrirle a Venezuela es que al amparo de un presupuesto próvido como el que la riqueza petrolera vuelca sobre el Estado nos trocásemos en un país de burócratas y parásitos; en una inmensa oficina de pensiones que comenzando en el Distrito Federal se ramificase por todo el territorio, de hombres que escriben sobre papel oficial y cobran el día quince, mientras que la minería, los cultivos, la dirección de las em-

presas económicas, la aventura viril de conocer, dominar y aprovechar nuestra tierra va gravitando por inercia hacia el técnico o el industrial extranjero que trae más voluntad, destreza y codicia. Ya advertimos cómo no es posible el sueño romántico de vivir aislados del mundo tras de nuestros cordones de cerros, en sociedades patriarcales que practican una simple Economía natural, en la modorra de una existencia que puede parecer dulce y despreocupada. La tormentosa voluntad de la Historia, el empuje que ahora hace marchar y sacudir los pueblos a pesar de sí mismos, no consiente esas Arcadias poéticas y baldías. Si sobreviene —como es muy posible— una guerra mundial imperialista, necesitamos estar poblados y equipados. Necesitamos de generaciones enérgicas que no se queden escuchando los bellos cuentos y cantos del pasado porque tenían los ojos, las orejas y la conciencia en la previsión de lo que puede venir.

Una Nación se hace con dos cosas: con un pueblo y con un comando. Pueblo no es la multitud inorgánica, dispersa y deprimida en su miseria física y moral, en su primitividad sin anhelo y sin Historia que mantuvimos en Sur América como inocuo o humillado rebaño. Un pueblo atrasado acaso sirva —como en más de un país de nuestro continente— para que sobre él germinen y se mantengan, parasitaria-

mente, las oligarquías ociosas o los caciquismos feudales. Pero la grandeza y vitalidad de una nación estriba en la capacidad y productividad de su pueblo que nuestro tiempo tan concreto quiere ceñir y fijar en cuadros estadísticos: natalidad, producción, consumo. Cuando comparativamente medimos el valor y significado potencial de cualquier otro país suramericano con el de la República Argentina, acaso sea el hecho palpable y corroborable de que el pueblo argentino es, de acuerdo con la Estadística, el que consume más alimentos y vestidos y el que compra más periódicos y libros, lo que explica su primacía. Industria y Cultura se convierten también, así, en capacidad y adiestramiento del pueblo. En la lógica de la Historia que no admite sentimentalismos sino realidades, Argentina, por ello, porque tiene un pueblo que consume en gran cantidad carne, cereales y libros, afirma una potencia incomparable frente a un país como Bolivia donde el indio del altiplano suele apaciguar el hambre con una hoja de coca, y rara vez sabe escribir su nombre en las actas electorales. Es el pueblo y no las oligarquías que acaso puedan ser más refinadas en Bolivia que en Argentina, lo que señala el índice de potencia nacional. Aun más: países decadentes o atrasados suelen tener oligarquías refinadísimas. La Rusia del siglo XIX, hundi-

da en su inmensidad geográfica, en la primitividad de sus masas campesinas, en su medioevo agrario y su atraso técnico, ofrecía por contraste, una de las más pulidas aristocracias de Europa. En la Italia disgregada y decadente del siglo pasado que nos describieran Stendhal y Taine, en ese país al que la vejez y la gloria muerta habían convertido en museo o escenario de ópera, las llamadas clases "cultas" conservaban un magnificente estilo de vida que no se compadecía con la miseria popular.

Pero junto con la idea y la necesidad de "pueblo", es decir de unidad y conciencia colectiva una Nación requiere comando. La idea de "comando" indica coherencia, claridad, decisión. Que las aspiraciones y urgencias que vienen de las más entrañables raíces del pueblo se coordinen y unifiquen como en la copa del arbol se corona el esfuerzo de la savia germinal. Que haya voluntades capaces de imprimir a la Nación un derrotero y destino, no dejándose llevar por los hechos y navegando en el azar, sino preparando y dirigiendo.

Formar pueblo, es decir integrar nuestra comunidad nacional en un nuevo esfuerzo creador; trocar la confusa multitud en unidad consciente; vencer la enorme distancia no sólo de leguas geográficas sino de kilómetros morales que nos separan a los venezolanos, y adiestrar

"comandos", es decir hombres que comprendan su tiempo, que se entrenen para la reforma con que debemos atacar nuestro atraso; que tengan voluntad y coordinen sus esfuerzos, es la tarea educativa más premiosa que reclama nuestro país, Junto a la transformación pedagógica, a la necesidad de humanizar y difundir las escuelas y preparar maestros, —maestros para Venezuela, es decir que deben conocer y actuar en un medio y un ambiente precisamente determinado— la idea filosófica que nos conduzca a alguna parte; que imponga a ésta acumulación informe y contradictoria de materias y propósitos que hemos llamado nuestra Cultura, un sistema y un espíritu ordenador. No se trata tan sólo de cambiar reglamentos, leyes y planes de estudios; de adoptar los métodos de Decroly o de Kerchesteiner, de utilizar los "test" o las estadísticas norteamericanas a que circunscriben el problema algunos pedagogos simplistas, sino de movilizar espiritualmente la nación; de darle —porque vivió mucho tiempo una vida ciega , violenta y rudimentaria— la conciencia de su destino y la fé en lo que puede ser y hacer. (En el fondo de toda cuestión venezolana, más allá de la técnica y de la reforma administrativa, hay una aspiración espiritual y moral que no suelen ver los especialistas pero que deben ver los políticos; la aspiración de un pueblo que

desea recobrarse y reiniciar su vida histórica, ascender en capacidad y potencia. Y semejante ambición y anhelo debe prevalecer sobre la querella aldeana y la politiquería pequeña, en los venezolanos de hoy). Es preciso hablar a los que tienen fé.

El Mundo: La Epoca

(PEQUEÑA MEDITACION DE LA GUERRA)

Milenarismo

Uno de los síntomas más serios del mundo que de nuevo se está desgarrando en los campos de batalla europeos, es lo que yo llamaría con su vieja y terrificante palabra medioeval, el "milenarismo". La época actual de la Historia, la que comenzamos a vivir cruda y nerviosamente desde 1914, presenta una de las más extrañas paradojas que puedan observarse a través del desenvolvimiento de la civilización de Occidente. Por una parte nunca el hombre tuvo al alcance de su potestad dominadora mayor número de fuerzas y de tesoros; en una plenitud técnica y cultural han desembocado en nuestra vigésima centuria todos los esfuerzos, ensayos y tentativas que desde hace cinco siglos Europa está realizando para dominar enteramente la Naturaleza y crear el hombre

moderno. Visto desde una calle de una gran urbe como New York, el espectáculo de invenciones, productos y recursos que ofrece nuestra época supera a cuantos podemos soñar de los más fantásticos y míticos imperios de las leyendas orientales. Nunca hubo tiendas y casas más grandes; nunca multitudes más pululantes se abastecieron de mayor número de alimentos y vestidos; nunca las bibliotecas almacenaron más libros ni mayor número de niños retozaron en el césped risueño de los parques infantiles, ni aladinescas luces eléctricas anunciaron más espectáculos, ni caminos y vehículos cruzaron el mundo llevando gentes, noticias y productos de los más antípodas climas. A través del cine y de la radio los habitantes de lejanísimas aldeas gozan hoy de una vida emocional más intensa que los de una gran capital como Londres o París en el siglo XVIII. En un creciente proceso de democratización económica, lo que antes fué privilegio de las clases plutocráticas, en países de tan avanzada Economía como los Estados Unidos, se va haciendo accesible al pueblo, que al disponer a poco costo de calefacción y agua caliente, logra un confort que no soñara Luis XIV entre el aparatoso lujo de Versailles. Y, en términos generales, puede decirse que hasta las naciones más atrasadas del planeta disfrutan hoy de un nivel de vida material más alto que el de los

ingleses que describiera Dickens hace apenas cien años. Productos baratos y abundantes son una característica del Comercio moderno en oposición al producto precioso y escaso, reservado a una minoría, que prevaleciera en otras épocas. Nadie puede pretender hoy alimentarse como en los banquetes fastuosos e interminables de Enrique VIII o de Carlos el Temerario, o como en los que pintara Pablo Veronés entre refulgentes manteles y vajillas de oro macizo, pero la proporción de las personas que comen es incomparablemente mayor, a pesar de las periódicas crisis industriales y la contradicción capitalista entre producción y consumo, que la de aquellas épocas. De alguna manera los Gobiernos que se han encontrado con multitudes en paro, pueden remediar su hambre, a diferencia de las terribles hambrunas que conoció la Edad Media que más que crisis sociales eran como insalvables trastornos de la Naturaleza. Y si en el proletario moderno se agita un tenaz ímpetu revolucionario no es siempre la miseria lo que lo empuja a actuar, como una creciente voluntad de nivelación y de ascenso. El centra el interés de la vida en el mayor disfrute y armónica distribución de todos los bienes materiales; espera su salvación en la tierra, como el hombre de la Edad Media la trasportaba al Cielo.

Pero paralelamente a la multitud de ofertas,

de productos y medios técnicos, nuestro siglo desde otro punto de vista se siente enfermo y desolado. Hay un "milenarismo" que puede compararse al que sufrió el mundo medioeval allá por el siglo XI en el sentido de que la idea de destrucción y decadencia se ha popularizado en muchos grupos de la humanidad presente y determina desde la reflexión del intelectual hasta el rencor del obrero. Desde la idea de la revolución catastrófica a la manera como la profetizaba Marx, hasta aquellas imágenes hórridamente porveniristas que han proporcionado argumentos al cine y a la novela fantástica, la imaginación del hombre de hoy empieza a agitarse de presagios. El apocalipsis contemporáneo se siente como en la novela de Wells en forma de máquinas de destrucción que ensayaron su maravillosa técnica derribando lo que habían conservado y construido épocas más lentas. El ímpetu de rapidez que le permitió a la civilización actual vencer y conectar todos los espacios, llevar a Australia pocos segundos después de ocurridas, las noticias de Londres, serviría, así mismo, para precipitar a la humanidad en delirante marcha de retroceso. Y aquí se encuentra este paralelo tan grato a Goethe entre suma civilización y suma barbarie. Al instinto desenfrenado de las primeras edades del mundo, correspondería en otro polo histórico la inteligencia, también

desenfrenada, de los períodos civilizadísimos. Y el inventor de un gas mortífero para la guerra quisiera emplear y probar la eficacia de su invento ni más ni menos como el cazador de la Prehistoria anhelaría ensayar su hacha de sílex.

Pero no es tanto este impulso iconoclasta que se opone al constructivo de nuestra civilización, lo que agrava y colma de presagiosas conjeturas el presente clima histórico, como la creencia negativa que ha comenzado a difundirse, de que estamos en la fecha tremenda de liquidación de una cultura. Los últimos 25 años han visto nacer una de las mayores crisis de valores que conozca la historia europea. Dictaduras furiosas y revoluciones, conservatismo ciego en algunos países y sublevación, también ciega en otros, coinciden en el mismo proceso explosivo. Quizás la nueva guerra que ha comenzado sea la final liberación tormentosa de todas las materias y angustias deletéreas que ha acumulado en el último cuarto de siglo la existencia europea. ¿Es el aguacero saludable que, después que transcurre, deja el cielo limpio y la tierra preparada para florecer, o es la inundación sin sosiego? ¿Conserva y podría compactar Europa las minorías responsables y previsoras que salven la posibilidad de un orden mejor; o se trata sólo de políticos "realistas" (como se les llama en el lenguaje del tiempo), capaces

únicamente de retardar las soluciones y preparar por éllo la ruina definitiva? Nunca se puede responder a semejantes preguntas. Pero es posible, en cambio, ver las causas que nos condujeron a esta encrucijada diabólica. En el momento en que el hombre parecía materialmente más poderoso, estaba espritualmente más débil.

Un racionalismo y un irracionalismo llevados a sus últimas consecuencias e igualmente funestos, han pulverizado toda una tradición moral y jurídica, han roto los basamentos sobre lo que desde el tiempo del Humanismo se había edificado la convivencia de los pueblos y los hombres. Cuando a partir del siglo XVI y del movimiento renacentista, la Historia y la Política, de religiosas que eran, se tornaron profanas, en sustitución de los mitos y de las formas del mundo medioeval, se fueron creando otros que han dado el tono y han ordenado el tumulto de estos cinco últimos siglos. Los ideales de tolerancia religiosa, de libertad de conciencia, de Derecho de gentes, marcaron esta aspiración profana de armonizar el mundo, y de vivir en grandes sociedades nacionales e internacionales. Sabíase que de la aceptación de ciertos principios y, si se quiere, de ciertas fórmulas, dependía el equilibrio de los pueblos; y como existía una cortesía para fijar y limitar en términos soportables el trato de los hombres, era necesario que también existiese una cor-

tesía de las naciones. Esta Urbanidad y Cortesía entre las grandes comunidades políticas, fué de cierto modo el Derecho Internacional. Aunque no siempre en la obediencia, pero por lo menos en la consideración de estas reglas, viviera hasta hace pocos lustros la Humanidad. Un doble embate coincidente de la inteligencia libertada de la vida o lo que llamaríamos el extremo racionalismo y de la vida liberada de la razón ordenadora, descargada en instinto puro, o sea el extremo irracionalismo, han derumbado estos valores de la civilización occidental sin reemplazarlos por ningunos otros. Rotos sus viejos resortes morales el mundo moderno incubó dos tipos de seres que son precisamente los "endemoniados", los "posesos" según la definición y el análisis de la profética novela de Dostoiewski. Hay la inteligencia "endemoniada" que violenta enteramente la vida para que quepa en sus abstracciones, como hay el instinto endemoniado sumido en la borrachera oscura de su irracionalidad. Ambas corrientes, ambas actitudes, cuyo rastreo y presencia en el mundo moderno ya colmarían muchos profusos análisis, han contribuido a este estado de disolución. Y ha sido tan agudo, que de 1914 a esta parte, no ha hecho sino adquirir caracteres progresivamente monstruosos ante los ojos de nuestros contemporáneos

La crisis histórica se diría pasajera o cir-

cunscrita a aquellos países donde la violencia está engendrando su nueva ley, si al mismo tiempo en el hombre europeo de hoy no hubiese penetrado una como sensación de derrota; si una como angustia de lo que va a venir, del Apocalipsis de su Cultura, no le restase voluntad para conjurar la tormenta. En aquellas analogías históricas, tan gratas al método de Spengler, nuestra centuria se parece desde este punto de vista no sólo a aquel siglo XI aterrado en la espera de su milenio y aguardando la segunda venida de Cristo y el cumplimiento de las profecías, sino también a aquel siglo III del Imperio romano en que la más pulida y refinada civilización del mundo antiguo empieza a perder todo ímpetu de resistencia y combate; se va petrificando en lo adquirido y sin esperanza ni ilusión ya para lo presente y tangible, se entrega a uno como vago sueño mágico. Así verá llegar del fondo de los pantanos y las selvas de Germania, los primeros bárbaros.

Tener miedo a la muerte es ya una manera de morir. Y es a través de su "milenarismo", de su renuncia ante las imponderables fuerzas oscuras, ante los nuevos signos apocalípticos que comenzaron a aparecer, donde se observa y duele más el trance presente de nuestra Cultura.

Pero como necesario síntoma de reacción puede decirse que ya la Cultura occidental no se circunscribe a "ese pequeño cabo de Asia" que denominamos Europa, según la definición de Paul Valéry . Y fué en su expansión ultramarina donde el esfuerzo europeo encontró su medida de universalidad. Entre Europa y los demás continentes —y particularmente, por lo que nos toca, América— existe desde hace cuatro o cinco siglos una como abierta cuenta de préstamos y conexiones mutuas. Con la inferioridad de quienes llegaron más tarde a la vida de la Cultura, insistimos siempre en lo que debemos a Europa pero muy pocas veces en lo que Europa nos debe. Y, precisamente, con el comienzo de las grandes empresas transoceánicas cuya cronología coincide con la maduración artística y cultural que se expresó en el Renacimiento, con el alba del hombre moderno y la iniciación de los grandes estados nacionales, la historia europea se hizo ecuménica superando y venciendo a las civilizaciones que hasta entonces habían competido con ella, como la del Islam. Sin este dominio de los grandes espacios lejanos, la civilización moderna hubiera terminado como la milagrosa pero limitada civilización griega, en rivalidad de ciudades y cantones a la orilla de aquel pequeño lago,

pobladísimo y diáfano, que se llama el Mediterráneo. Hubiera sido el trabajo fino y exquisito de los pequeños y diligentes colmenares humanos que construyeron las ciudades de Italia o de Flandes, las torres de las comunas insurrectas, el lenguaje de amor de la Caballería o del "stil nuovo", las pinturas de los monasterios. Con las velas de Colón, de Alburquerque, de Vasco de Gama, se fijó la preeminencia universal de la civilización europea. El oro del Perú o de México, los tesoros de los mares asiáticos, se empezaron a volcar desde entonces sobre los mercados de Europa, en vértigo de transacciones y de ofertas, creando ya la gran Economía de tipo capitalista. Los países ultramarinos empezaron a abastecer en metales preciosos, primero; en alimentos y materias primas, después, la ancha voracidad de Europa. Europa traga pueblos, productos y culturas lejanas. Las catedrales del nuevo tiempo que sucedieron a las de la religiosidad gótica, son las casas de comercio, los bancos y las bolsas de valores de los grandes puertos mundiales: Londres, Amsterdam, Amberes, Hamburgo, Nueva York.

Si América por ejemplo, contribuyó a ensanchar la dimensión económica de Europa, al mismo tiempo iba ofreciendo al hombre de aquellos países superpoblados un "habitat" más generoso y materialmente más fácil, que

el de las enconadas naciones del viejo continente donde rivalidades étnicas, religiosas y lingüísticas encendían y querellaban, frecuentemente, las comunidades humanas. América y los países ultramarinos fueron desde el siglo XVI el camino necesario para todos los perseguidos y todos los ansiosos de la dividida Europa. Españoles famélicos y guerreros, judíos hispanos que al pasar a las Indias cristianizaban sus apellidos sospechosos, puritanos ingleses que querían leer en paz su Biblia en los campos de la nueva Inglaterra, y todo el aluvión inmigratorio que precipitara hacia los países nuevos las discordias y las crisis del siglo XIX: italianos perseguidos por el imperio austriaco; irlandeses revoltosos y hambrientos; gentes de los Balkanes que sufrían la dominación del gran Turco, eslavos que huían del Zar, germanos que no soportaban la autocracia germánica. Ellos vinieron a roturar las grandes praderas de los Estados Unidos, a crear las estancias de trigo y ganado en la Argentina, a establecer las primeras fábricas en el Brasil meridional. Ellos fueron de cierta manera los artífices de aquellas aglomeraciones urbanas e industriales que surgieron en el nuevo mundo: Nueva York, Chicago, San Francisco, Buenos Aires, San Pablo del Brasil. Ante el ámbito más vasto de las tierras inexploradas, contando leguas y jugando a los grandes azares de una for-

tuna plena de esperanzas, olvidaron la limitación y la estrechez de su originaria vida europea; se liberaron de la humillación de los "ghettos", ascendieron en potencia y valor humano. La antítesis entre estos dos mundos la expresa más ejemplarmente que cualquiera otra nación, un pueblo joven y pletórico como los Estados Unidos. Discípulo de Europa y de sus técnicas, esta nación del extremo Occidente —como la llamara Keyserling— trabaja a una escala colosal; empieza a sacar las Ciencias puras de la gravedad de sus fórmulas convirtiéndolas en Ciencias aplicadas; juega con la electricidad y el vapor, emulsiona razas y domina y puebla en menos de un siglo de vertiginosa historia, una inmensa masa geográfica. Aparece con su optimismo un poco sano y plebeyo, con su confianza en el porvenir, con sus mitos simples que ya se irán afinando porque es con la lejana Rusia el mayor reservorio del planeta, aparece con su vitalidad audaz, entre un coro de pueblos viejos y resentidos, como iniciando y representando la tónica y la dirección de una nueva historia. Y es en la posibilidad de estos mundos ultramarinos donde ahora tendrá que centrarse el vacilante destino de la Cultura occidental. Quizás sean esas tierras de transplante que liquidaron y olvidaron los prejuicios y los rencores de Europa, donde la Naturaleza y el esfuerzo humano tienen aún un formidable

impulso germinativo, los únicos sitios que ofrezcan al desolado hombre de hoy un poco de entusiasmada ventura. Esos pueblos —si saben defenderse del terror milenario y el frenesí que manda Europa— serán el marco de la próxima Historia.

Nosotros

En un país como Venezuela, país de anchos espacios y de enorme riqueza explotable, la crisis de Europa podría significar —si hay una voluntad para hacerlo— un reforzamiento de la floja Economía nacional y una movilización de fuerzas creadoras. Sólo el instinto de perdurar y de crecer podrá servir para que la dividida, y en gran parte baldía, Sur América, se eleve como promoción y personalidad histórica en este momento de desusada violencia europea. Ser el marco de una nueva humanidad más próspera y más feliz; integrar las reservas de nuestra naturaleza potente en una gran acción civilizadora ha sido el sueño no sólo de nuestros mejores hombres, de los videntes y de los poetas, sino también de cuantos piensan cómo desde el siglo XIX se ha ido angostando el mundo. Frente a la milenaria inmovilidad de Asia, de sus semilleros de lenguas y de religiones, de su sentimiento estático de la Cultura, de la extrema angustia de Europa y de la di-

seminación de las tierras oceánicas, América se nos presenta en esta hora como el organismo más uniforme y de más posible compactación espiritual entre todos los grandes grupos continentales. Y acaso sea la idea del peligro la que nos obligue a superar la pequeña política cantonal en que hemos vivido, por otra de un ámbito más ambicioso como la que soñó Bolívar. En el siglo XIX, cuando era menos veloz el tráfico y más exclusiva la primacía de Europa, nuestro destino fué la disgregación. La visión universal y porvenirista de algunos grandes hombres no podía prevalecer sobre la querella inmediata de nuestras provincias y cantones. El mal que mató a Bolívar fué esta como sublevación de lo inmediato, de las pequeñas patrias con sus pequeños caciques, cuyas urgencias y ambiciones del minuto no podían comprender ni el estilo ni la necesidad de una gran política. Bolívar planeaba como todos los grandes creadores, en el porvenir, y los otros —los que a la postre lo vencieron y mataron— estaban adheridos al más limitado y grosero presente. Oponían a los verdaderos intereses históricos sus pequeñas necesidades de la semana. Y de la disgregación de la América del Sur aprovechó, mejor que nadie, la América Sajona que se iba integrando. En la doble lucha de los émulos de adentro y de los adversarios de afuera, se malogró en 1830 la

esperanza de una política continental. Y sólo por ella, en una fórmula que ya nos viene desde el Libertador, es posible que estos pueblos se salven y se afirmen en la tormenta reinante.

Ante la actual y profunda crisis de valores, es de justicia que nosotros queramos defender un concepto de la vida y del hombre, una Filosofía de la Historia más ecuánime y generosa, que la que ahora se despedaza en el antiguo mundo. Y si para ello fuera necesario desconectarse de las bellas cosas que hasta el presente colapso asociábamos al nombre y a la tradicional vocación del alma europea; erigir entre los continentes uno como cordón sanitario, una frontera a las místicas violentas, a las guerras raciales y sectarias, a su última forma de guerrear, a su pseudo-nietzschismo selvático, habría que levantarlo con pasión y con decisión. A los países lejanos y pacíficos los sucesos de hoy les plantean con gigantesco apremio un problema semejante al de aquellos suaves y civilizados chinos que hace muchos siglos se pusieron a levantar su gran muralla para librarse de los visitantes y los invasores incómodos. Con la diferencia de que la barbarie de hoy no sólo violenta los cuerpos sino las almas; no es el hambre de la tribu nómade sino el frenesí diabólico del que quebrantó todas las normas. Y nuestra defensa —si queremos que sea eficaz— no puede reducirse al refugio detrás

del muro como el del sabio mandarín que copiaba su manuscrito; no debe ser la defensa del que le teme a la muerte, sino la del que está dispuesto a vivir. No en la angostura de una vida parroquial sino en una política de coordinación americana, es posible esta doble finalidad de la creación y de la defensa. Y el futuro destino de nuestras nacionalidades radica, así, en el fortalecimiento interior y en el frente de América para asegurar una existencia histórica que queremos libre de la putrefacción de hoy. Para ello, países como Venezuela y todas las demás repúblicas de la América Latina, están en la obligación de hacerse fuertes. Política nacional y Política Internacional están condicionando nuestra suerte futura. Es una hora, gentes jóvenes, de profundo desvelo. Es una hora de trabajo y de planes, porque en este "tempo" acelerado que han adquirido los días, nada puede entregarse a la sorpresa. El error de hoy suele cobrarlo a los hombres como a los pueblos, un mañana que cada vez se torna más inexorable.

Conjuro contra la Guerra

A la Guerra, pues, y a lo que es tan peligroso como élla —su atmósfera, los miasmas morales con que infesta al mundo— nosotros sólo podemos oponerle nuestro propósito de

subsistir; la rebeldía contra la muerte. En el terreno de lo colectivo y práctico, éllo se realiza por medio de la Política. Y es precisamente una Política de potente y firme estilo la que debe surgir en nuestros pueblos como la expresión misma de su instinto de vitalidad histórica. Hay los Jeremías irremediables, los del llanto y la pereza fácil, que argüirán que nada se puede hacer porque está en crisis Europa; porque llegan a nuestros puertos menos libros y menos buques mercantes. Ellos han vivido de prestado; nunca se acostumbraron a pensar por si mismos, necesitaban importar las telas con que se vestían y las ideas que glosaban, sin discutirlas y sin incorporarlas, a su ser íntimo. Si hay algo que vencer en este camino necesario de nuestro crecimiento y del desarrollo de nuestra conciencia nacional, es ese como complejo de inferioridad en que han vivido las naciones latinoamericanas. Llegadas tarde a la historia, avanzadas remotas de la Cultura occidental, nos hemos contentado con copiar las modas, las leyes y los usos que nos venían por el camino del Atlántico; detuvimos en la imitación, la repetición y la glosa, nuestro espíritu creador. Más que utilizar las ciencias y las técnicas de Europa sometiéndolas y aplicándolas a nuestra escala de necesidades, movilizando con ellas el progreso colectivo —como apren-

dieron a hacerlo los Estados Unidos—, jugamos con la Cultura europea un vano y a veces inútil juego de preciosismo individual. Individualidades refinadísimas y grandes masas atrasadas; inmenso desnivel espiritual y económico en todos los estamentos sociales, ha sido la paradoja permanente de nuestras sociedades criollas. Y la Política que consideramos siempre como evento o juego azaroso; la política de la improvisación y del golpe con la que más que preparar la Historia futura, le hemos sacado el quite a los problemas; apenas los toreamos y les dimos lance, porque nuestra subconciencia les temía como a alebrestados toros furiosos

El imperativo de la época —¡oh, gentes que aman el buen sol y los improntus, que se entregan a la corazonada!— es que ya los pueblos no pueden vivir al día; que el mundo se ha tornado espantosamente exacto. Que una nación moderna necesita contar, preveer y medir. No sé si fué Wells quien dijo que el imperio romano hubiera tenido una muerte menos catastrófica, hubiera conjurado no sólo la invasión bárbara sino el agobiador desconcierto interno que lo entregó a la barbarie, si los civilizadísimos romanos hubiesen poseído algunos eficentes servicios del Estado como los que hoy posee cualquier pequeña República: cálculos estadísticos; planes de producción,

coordinación de transportes. Según Wells la decadencia romana expresó, sobre todo, la derrota de su imprevisión política y económica. Hacían muy buenos versos, organizaban fiestas magníficas, eran sin duda más elegantes y de conversación más amena que un industrial en Estados Unidos, pero fallaron cuando de un período de guerras felices y de expansión asegurada, cayeron en una época —como aquella que comenzó en el siglo III después de Cristo— en que hubiera sido necesario planear y calcular el futuro. Con señorial indolencia, midiendo su amplia prosa latina, con el orgulloso desdén de su superioridad, verán llegar los bárbaros que no pudieron contener. Hubo, como en todas las culturas crepusculares, el bello gesto individual que tardíamente parecía vindicar el suicidio colectivo. Época aquella plena de masas desesperadas, de pastores brutales, de espíritus que se envuelven para morir en su última elegancia trágica, como ahora ocurre en los más sufrientes países europeos.

Toda política moderna que quiera ser eficaz, irá resolviendo y previendo mucho más que los reclamos de hoy: las cuestiones de mañana. Esperando que los recursos potenciales de sus territorios, capaces de dar patria y trabajo a millones de hombres, desarrollaran las técnicas y los problemas, los pueblos latinoamericanos han vivido en uno como mesia-

nismo naturalista. Pero el desenvolvimiento de un país no se espera con la misma resignación e impasibilidad con que aguardamos el retorno de las estaciones y de los cambios atmosféricos; interviene aquí la voluntad humana en su propósito de crear y acelerar las realidades nuevas. Y nuestra posibilidad de vivir y de crear, radica en la comprensión de tan fundamental deber político.

No lloremos, pues, un irremediable llanto de despedida porque el milenario cortejo de la Muerte, arrastrando utensilios y expresando símbolos más sombríos que los de las danzas macabras del Medioevo, se haya instalado en los campos de Europa. Defensa contra lo apocalíptico e instinto de vivir, es lo que se reclama de nosotros. Y en interés de la misma Europa, en pro de la causa del hombre (que es la más necesaria de todas) no es tiempo de llorar sino de construir. Del espacio americano, de su ambiente moral no corroído todavía por diabólicos conflictos de credos y razas, por el frenesí de conductores ciegos, por el quebrantamiento de las normas de convivencia que nos legaron el Cristianismo y el Humanismo de Occidente, espera acaso la torturada humanidad de hoy, una promesa de salud. Para nosotros, con mayor ardor que nunca, es un momento de laborar una Historia más cargada de decisión y de conciencia que la que soportamos hasta ahora.

INDICE

PAGINA

Explicación 5

1941 9

Proceso del Pensamiento Venezolano 33

Antitesis y Tesis de Nuestra Historia 61

Nota Sobre el Problema de Nuestra Cultura 85

El mundo: la época (Pequeña Meditación de la Guerra 123

IMPRESORES UNIDOS